

Homenajeando a Howard Phillips Lovecraft, nace...

- Arkham II -

*De la oscuridad en*

*Paris*

J. M. O. R.

"¡Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah'nagl fhtagn!"  
"¡En su morada de R'lyeh, Cthulhu, muerto, espera soñando!"

Frase más usada por los adeptos de Cthulhu en sus liturgias de las historias de Howard Phillips Lovecraft.

## **Arkham II**

# **De la oscuridad en París**

**José Miguel Ortiz Rodríguez**

"El lugar lógico para encontrar una voz de otros tiempos es un cementerio de otros tiempos."

Frase extraída de "En las montañas de la locura".  
Howard Phillips Lovecraft.

## **Agradecimientos**

Quiero agradecer la presente historia a mis tías, Encarni y Nines, sin cuyo constante apoyo no hubiera sido posible hacerla. Y más aún a mi madre Carmen, por aguantar mi mal humor cuando escribo. También quiero agradecer a mi gran amiga Sophie que me dejase tenerla en esta historia, así como tenerla en mi vida.

Copyright © 2015 José Miguel Ortiz Rodriguez

Código de registro: 1512115994949

1ª edición



## Prefacio

Hace dos años que la perdí.

Nunca he perdido la esperanza de conseguirla pero..., hace ya dos malditos años que la perdí.

Desde entonces muchas cosas han cambiado en mi carácter porque me he vuelto un juramentado.

Jamás volveré a ser aquel joven inocente y enamorado que paseaba tímidamente al lado de su centro del universo que era ella. Desde que "eso" me la arrebató aquel aciago día, desde entonces, no vivo. Tan solo existo por mor de un objetivo y es lo único que me mantiene en pie.

Tengo que salvarlas como sea para mantener mi cordura y aunque solo me mueva por la ira acumulada y por la esperanza de que ninguna virgen más sea sacrificada, me pregunto... ¿Cuántas más perderé antes de que pueda detener esta locura? ¿Cuántas más serán inmoladas ante un terror de tiempos ignotos?

Cada día que pasa estamos más cerca de que ese vil ser despierte y de que nada quede con vida en este bello lugar del universo.

Si tan solo pudiera salvar a una...

Aunque solo fuese una...

## PRIMER ACTO

**00:15 horas. 12 de Octubre del año de nuestro señor, 1924. Montmartre. París. Francia.**

Era de noche y aunque había luna llena, se veía menos que en una de mis pesadillas nocturnas, por culpa de unas nubes gruesas que amenazaban lluvia. Menos mal, Dios nos asista, que de tanto en tanto la luna resplandeciente y etérea, aparecía majestuosa para ayudarnos a mostrar el camino. Corríamos a toda velocidad por una calle misteriosamente oscura, del barrio de *Montmartre* aquí *en París*.

No podíamos parar por que íbamos de cacería, tras algo que se nos había escapado por la ventana de una habitación hacia unos minutos. Mirábamos anhelantes hacia los tejados de las casas, intentando no perder a la presa y aunque no conseguíamos avistar al maligno ser, al menos podíamos oírlo corretear justo por encima de nosotros.

Desde que habíamos vuelto a la patria de mí amigo Jean-Luc que corría a toda velocidad junto a mí, habíamos proseguido con la búsqueda incesante de nuevas pistas para intentar detener lo que iba a ocurrir. Estábamos investigando el paradero de la pobre joven que sería sacrificada en el ritual de este año, aunque sin éxito tengo que decir. Tan solo sabía que era más la intuición lo que nos había conducido hasta aquí, que las escasas pistas encontradas por el camino, lo que nos parecía muy frustrante. Por eso nos habíamos sentido crispados todos y cada uno de esos días de vuelta a Europa, ya que éramos conscientes de que debíamos llegar a tiempo, si queríamos tener alguna esperanza.

Al menos mientras encontrábamos el hilo del que tirar, el entrenamiento para la lucha era lo único que nos desahogaba ya que necesitábamos estar preparados para lo impensable.

Sino estaríamos todos perdidos.

Tras varias semanas de búsqueda intensiva a nuestra llegada al país y algunos interrogatorios en los que habíamos roto huesos, averiguamos que el lugar del campo de batalla sería París. Debo decir, que todo había sido gracias al buen hacer del gran equipo que se me había unido en mi lucha, pero también, me avergüenza manifestar que no soy la persona que esperáis.

No hubo un... ¡te vengare!, heroico tras lo de Arkham, como tampoco emprendí un camino de rectitud moral que me hiciese sentir orgulloso; simplemente, me perdí en un mar de dolor. Busque la muerte como una cobarde salida a mi penoso estado emocional y acabe tocando fondo, en lugares que no deberían existir en este mundo. Por eso cuando la vida me dio una segunda oportunidad, la aproveche inmediatamente y ese es el motivo de que cada día, me levante pidiéndole perdón a mi Rosalie por aquel tiempo tras su raptó. Porque cada día, es una nueva oportunidad de salvarla de su horrible destino.

Es curioso como las cosas siempre pasan de la manera que menos te esperas. ¡Y yo que creía que sería el único en luchar en esta cruzada! Resulta que después de casi dos años viajando juntos, esta gente que se me había unido, no solo eran mis amigos, se habían convertido en mi familia.

Al que primero conocí fue al Profesor Ernest Livingstone Haven. Reputado experto en

matemáticas, físico, hechicero y mejor persona. ¿Que parece una contradicción que un científico sea a la vez un hechicero? Pues en un principio debería, pero en él, esas dos condiciones convivían en plena armonía.

Debo confesar que fue el viejo Profesor el que me encontró anímica y físicamente destrozado en Arkham. Entro en mi vida pocos meses después de mi encuentro con aquel terrorífico ser en el río Miskatonic y me rescato de mí mismo, del alcohol, de las peleas clandestinas y de un sinnúmero de maneras de buscar la muerte, sin atreverme a quitármela por mi propia mano.

Y todo por culpa de ese demonio, que mi malhadada suerte había comenzado a despertar.

En cuanto a Ernest, solo puedo tener palabras de elogio hacia su persona y no solo porque me sacase de la oscuridad de Arkham. Me siento tan profundamente agradecido porque además de honrarme con su amistad, alivio en parte mi pesada carga. Ese monstruo pretendía que fuese yo quien cazase a las vírgenes del rito anual y de paso, procurar que eliminase cualquier problema que los impidiese; a ser posible, por el método más cruel que mi mente pudiese imaginar y llevar a cabo.

El Profesor ejecuto en mí un complicado hechizo en el que tuvo que usar buena parte de su poder y que se llevó a cabo en mi mansión de Arkham, donde mis sirvientes, me recibieron con alivio de saberme vivo y con pánico, al verme en tan lamentable estado. Imaginad si podéis mi pena al regresar a aquella casa, pensando en mi mentor y en lo poco que sentía merecer estar allí. Sin embargo, el Profesor, insistió en que aquel era exactamente el lugar donde debía hacerse el ritual. Para ello se vació una habitación entera de muebles y el hechicero, dibujo una serie de símbolos arcanos dentro de círculos concéntricos y, rodeado de velas, me senté allí cada día para prepararlo mientras me recuperaba lentamente. Este hechizo que le llevo cerca de un mes realizar, tras arduos esfuerzos, logro incluir una marca nueva en mis tallados huesos y en mi tatuado cuerpo. Esta marca actuaba a modo de sello para que la criatura, no tuviese ese poder sobre mis acciones cuando llegase ese día del año.

Es cada doce de octubre cuando se produce el ritual del sacrificio, al que llamamos el "evento" y yo espero "alegremente" que al malnacido y a todos sus seguidores, le cabrease mucho no poder controlarme.

¡Y si echasen espuma por la boca de pura rabia..., mejor!

Esta pesadilla que solo nombrare una vez se llama... Cthulhu y por ese monstruo perdí mi alma. Es frustrante que el Profesor Haven sonría cada vez que digo esto, y que lo haga de manera harto enigmática ya que ni en el más oscuro rincón de mi mente, puedo imaginar el porqué. Nunca responde cuando le pregunto al respecto y para más inri, suele cambiar de tema con una facilidad pasmosa. Quizás sea porque es un hechicero y los hechiceros, son personas con tendencia a la introspección. ¿Quién sabe que se les pasa por la cabeza? Puede que solo nos cuente lo que necesitamos saber por si caemos en manos del enemigo. O al menos eso quiero creer.

Como decía, este odioso ser, es un Dios Primigenio de tiempos ignotos que está vinculado a una oscura profecía y a un terrorífico libro que contiene la promesa de su regreso. El mismo que un árabe loco escribió para él y que me dejo maldito por el ritual descrito en sus demoniacas páginas escritas con sangre humana. Ese libro tan ignominioso, retorcido y lleno de maldad llamado el Necronomicon, me uso para convocar una de las fuerzas más poderosas y aterradoras que habitan este plano de la realidad.

Todo esto sucedió, durante una visita a una exposición en la Universidad Miskatonic de

Arkham en Massachusetts y de aquel infausto día, hace hoy exactamente dos años.

Estamos a unas horas del nuevo evento.

El ser que me poseyó y que se llevó a mi prometida Rosalie Sommers, alardeó de detentar un poder ilimitado y me informo de que estaba atrapado en el más profundo océano por unos antiguos enemigos. Me dijo que gracias al sacrificio de mi amor, había comenzado a despertar de un sueño cuyo comienzo se perdía en los pliegues del tiempo. Por suerte no creo que ni él sepa realmente que está despertando de su letargo sino más bien, creo que el sueña que despierta de ese sueño. Lo que está claro, es que ese sueño se vuelve más ligero con cada virgen sacrificada en su nombre.

Son estas pobres jóvenes las que sin querer, van eliminando inexorablemente la magia que una poderosa raza uso para encerrar a ese ignominioso ser en su cueva.

Los Antiguos tuvieron que ser de veras o unos valientes o unos locos. A veces me cuesta distinguir la diferencia entre esos dos conceptos pero de lo que si estoy seguro, es que debemos estarles profundamente agradecidos ya que sin ellos, hoy no estaríamos aquí.

Literalmente.

Hemos podido constatar por las visitas que hace el Profesor a ese lugar del que no suele hablar, y en los pocos textos en los que hay referencias a ellos, que fueron los Antiguos los artífices de dormir al Primigenio. Por lo visto, este ser ya existía antes de que se crease este universo y llegó a nuestro mundo, arrasando planetas enteros. Vino en busca de abundancia de carne que comer y de almas que torturar aunque está claro, que aquí no consiguió su objetivo.

El viejo Profesor, que se mueve como pez en el agua de donde sea que saca la información, halló relatos del encuentro de los Antiguos con el Durmiente. He de decir a tenor de lo hallado, que tuvimos una enorme suerte de que estuvieran de paso por nuestro mundo. Cuentan esas historias que nos relató el Profesor, que tras su llegada aquí, les horrorizo ver como el Primigenio, destruía especies enteras por el placer de hacerlo. Los Antiguos sopesaron entonces sus opciones y decidieron asentarse en nuestro planeta, dado lo difícil que les resultaba encontrar lugares habitables. Los necesitaban para hacer escala y poder proseguir sus viajes por todo el universo.

Por irónico que parezca existimos porque el Durmiente, era un estorbo para sus planes.

Viendo el potencial del lugar y el tremendo poder destructivo que podía generar el Primigenio, iniciaron una costosa guerra contra él que duro siglos. Gastaron ingentes cantidades de su poderosa magia pero el ser era tan hercúleo, que al final lo único que pudieron hacer fue encerrarlo y dormirlo. Desde entonces mora en la más profunda sima del océano Pacífico; una fosa abisal de tal profundidad, que sería de muy difícil acceso para nadie durante incontables eones. Más por si en un futuro y en el remoto caso de que alguien consiguiese llegar hasta el lugar, construyeron un monumento, no solo como defensa sino para recordar que lo que allí dormitaba, jamás debía ser despertado.

Así nació la ciudad de la locura llamada R'Lyeh (escudo, en su lengua) y que fue construida alrededor de la entrada de la cueva donde mora el Durmiente. La llamaron así porque sus horribles "edificios", tienen unas formas geométricas tan abyectas e imposibles que si un humano se acercarse demasiado, acabaría con la mente hecha

puré y el cerebro se le saldría licuado por los oídos al contemplarla.

¡Ey! ¡No se vosotros pero yo..., respeto a los Antiguos!

Estoy convencido de que pensaron que su sistema de seguridad era perfecto. Seguro que creían que el Durmiente jamás podría ser liberado de su prisión salvo porque no contaron con la estupidez humana..., la mía. Luego hicieron lo que toda raza inteligente haría de haber enterrado un mal tan devastador y dormido, como si de un bebe (monstruoso y deforme) se tratase: largarse lo más lejos posible de este planeta condenado.

Antes de irse, sin embargo, alteraron a una de las especies emergentes (la nuestra) y dejaron su semilla en nosotros con la intención de que sus mestizos, se quedasen para cuidar de nuestra raza en sus inicios. Les legaron muchos de sus conocimientos para que pudiéramos desarrollar todo nuestro potencial y que pudiésemos progresar como la especie dominante del planeta.

La idea era que siempre hubiera alguien vigilando al Durmiente y no puedo negar que la intención fuese buena, más esa raza, se diluyó con el paso de miles de años de evolución. Los primeros modificados fueron perdiendo consciencia de sí mismos, en algún punto de la historia de la tierra pero lo extraordinario, es que aún quedan muchos descendientes directos de esos seres. Es una pena que pocos sepan ya, la verdadera razón de nuestro nacimiento y para que fuimos creados.

El objetivo de ese monstruo no obstante, es raptar a esas jóvenes a toda costa, por lo que hemos deducido que ellas, deben ser la línea de sangre más pura de esa raza en la actualidad. Irónicamente dado que son las descendientes de los que lo apresaron, también son por así decirlo, las llaves de la prisión del Durmiente.

Es frustrante admitir lo mucho que aun ignoramos sobre estos terribles sucesos en los que nos hallamos inmersos. Uno de los mayores misterios sigue siendo como consigue el Durmiente localizar a esas jóvenes a lo largo del planeta. Otro más esquivo aun, es quien lo ha desencadenado y por qué lo ha hecho. ¿Quién en su sano juicio querría la destrucción del mundo? Por suerte para nosotros, ese demonio y sus seguidores, han de cumplir con las condiciones impuestas por el hechizo que lo retiene aunque estas, casi nunca son claras del todo.

Ahí fuera hay siete jóvenes vírgenes que perderán la vida para despertarlo. Siete muchachas ignoran que a lo largo de los próximos años, un doce de octubre, serán sometidas a un ritual espeluznante que se las llevaran de este mundo, a menos que consigamos detener esta locura. Eso es algo que no puedo quitarme de la cabeza y que me llena de una ira irracional.

Lo bueno para nosotros es que cuando el Durmiente ordena buscarlas, sus subordinados y el mismo, producen alteraciones en el Éter y nuestro Profesor, es un especialista en encontrar el rastro que dejan. Ahora ya lleva dos de las siete jóvenes que necesita para despertar en todo su terrorífico esplendor, y si no contenemos esta amenaza, acabara por destruirnos a todos y cada uno de los seres vivos de este mundo.

De todos los mundos.

Sera imparabile e implacable y acabaremos, por ser un vago recuerdo en su memoria tras pasar por su estómago.

Mi mente barruntaba sin cesar sobre estas cuitas, mientras perseguíamos casi a

oscuras por la *Rue du Mont Cenise*, a ese ser que no debía estar en este mundo. Debíamos matarlo con presteza o si fuera posible, apresarlos para sacarle el nombre de la nueva víctima de este año. El Durmiente además de vil, era muy astuto y había cambiado su estrategia en estos dos últimos años. Ya que le habían quitado su juguete humano para cazar a las jóvenes del sacrificio, ahora usaba a otro ser para que le hiciese el trabajo sucio. Un ente inmune a la magia que el profesor había usado conmigo y que lo convertía en el perro fiel que necesitaba desde el principio aunque este perro, ni siquiera era de este mundo y mucho menos humano.

Mi amigo Jean-Luc Flament corría por delante de mí con eficiente soltura, a pesar de las apariencias que sugerían su aspecto. Que no os engañe el hecho de que posee un abrumador metro noventa de altura, ni que tenga unos brazos gruesos como ramas de roble, ya que es tan ágil como un tigre y tan fuerte como un oso adulto. Su cara ancha, mandíbula cuadrada y mirada honesta, le daban el aspecto del tipo de hombre, al que le podrías confiar tu vida. Nunca te fallaría de estar en su mano y tú harías lo mismo por él, si es que puedes llamarte hombre.

Aunque he de admitir que su pelo rubio cortado a cepillo y rapado en los laterales era bastante extraño, este parecía conferirle más aspecto de teutón que de francés. Obviamente esa ilusión se desvanecía en cuanto hablabas con él cinco minutos; enseguida te dabas cuenta de que era francés hasta la medula y no solo por el idioma, si no por esa forma de ser perfectamente reconocible de los galos.

El resto de su cara lo remataban unos ojos azules intensos bajo sus pobladas cejas, que casi siempre hablaban más que su boca. Estos emitían un perenne optimismo que cohesionaba al grupo. Además de su fuerza, claro.

Jean había aparecido poco tiempo después que el profesor en mi vida y según me dijo, había salido al mundo dejando atrás su pueblo natal porque sentía que tenía una misión que cumplir y que no se dio cuenta de que era esta, hasta que estuvo metido de lleno en ella. Siempre me alegrara que tomase tal decisión, a pesar de que dejase apartados en el proceso, su vida y su familia.

Decididamente era muy útil tenerle cerca, si se querían hacer incursiones en sectas que solían tener una enternecedora reticencia, a que se les matase con las manos, pistolas o espadas.

El demonio que aun corría por el tejado, se había escapado hacia unos minutos de un chapucero intento de invocación, de una de las numerosas fiestas parisinas nocturnas. Una de esas que empezaban con mucho alcohol y que terminaban casi siempre en alguna orgía sexual o como esta vez, con un alto coste en sangre. ¿Por qué? ¡Pues porque aquí en París están todos locos!

¿Pero quién podía culparles de sus ansias de vivir al límite? ¿Quién podía, tras lo vivido en esa espantosa guerra mundial de hacía unos años? Yo no, desde luego.

En cuanto al evento, parecía que había varios grupos intentando competir por localizar a la joven víctima de este año o también podía ser una trampa. Lo que teníamos muy claro era que estos que lo acababan de intentar, eran unos auténticos inútiles.

A decir verdad no sé cómo este mundo ha sobrevivido tanto tiempo, con tanta gente que desea ver como arde y con tantas oportunidades para el desastre como la que nos concierne.

El ser, o como quiera calificársele, ya lo habíamos visto antes en la incursión del año anterior para detener el anterior evento. Fue muy fugazmente pero lo vimos al otro lado

de la realidad, observándonos detenidamente. Recuerdo que no nos miró con cara de querer tomar una pinta de cerveza en un pub irlandés y charlar del tiempo sino más bien, como si quisiera arrancarnos la cabeza de un mordisco.

El problema del manto de la realidad es que hay lugares en este mundo, en los que el velo es más débil (sepa Dios porque) y resulta que con los hechizos adecuados... Ya os imagináis el resto.

Obviamente al saber de la existencia del velo, también descubrimos que había otras esferas de existencia que coexisten con la nuestra. Algunas están cercanas y otras no. Todo depende de la cantidad de Éter entre nosotros y ellas. Lo malo es que en esas otras realidades, hay cosas que podrían matarte con solo escucharlas o volverte loco con solo mirarlas. ¿O era al revés? En fin, así estábamos, corriendo tras algo imposible de creer que exista.

Lo “bueno para mí”, es que yo ya estaba maldito y me había vuelto inmune a tal espanto y mis compañeros, ya lo habían visto a través del velo el año anterior y aunque eso no fuese demasiada garantía..., menos daba una piedra.

Buscando en textos muy antiguos que poseía el profesor Haven, hallamos pistas lo bastante solidas como para identificar al ente. Lo llamaban “espectro cazador” y por lo visto, ahora el Primigenio les cedía el control del cazador a los oficiantes del rito, para que entrase en esta realidad e iniciase la búsqueda de la virgen del evento. Esta raza tiene pinta de ser bastante vaga así que de seguro, le habrían prometido una recompensa bastante jugosa y no se detendría hasta hallar a su presa a cualquier coste. El problema con estos cazadores, es que tienen una peculiaridad bastante insidiosa: usan la propia realidad como escudo.

Un encanto de bicho.

“Una criatura monstruosa de portentosa mirada te perseguirá. Cae. Se desvanece... ¡Desaparece del aire!” —citaban los textos agoreros.

Y estábamos seguros de que aunque estos textos no fuesen muy explícitos, la información que contenían era verdadera. Por eso, no lo veíamos por ninguna parte ni con la luz de la luna pero sí que lo oíamos perfectamente, corretear por los tejados.

¡Y solo podía ir en una dirección gracias a Dios!

Nos dio un buen susto cuando lo vimos acabar de salir por esa brecha en nuestra realidad, producida por esa invocación tan chapucera. Aunque debo decir que más nos sorprendió que esos inútiles, lo hubieran conseguido sin ayuda externa.

Pero todo tiene un precio en esta vida. ¿No?

Todos los que asistieron al ritual se habían vuelto locos y por la horrorosa demencia que se había apoderado de ellos, tras la invocación, se habían matado los unos a otros mientras que el ser, rompía la realidad con sus garras negras al pasar a nuestro mundo. Todos menos el idiota que se habría ofrecido como oblación para el bicho y al que le habrían prometido que no le pasaría nada. Seguramente se habrían jactado para convencerle, de que tendrían el alma del monstruo vinculada a un objeto y el control total de la criatura en todo momento.

Si me dieran un dólar cada vez que he oído algo así...

Lo que habíamos descubierto desde nuestra llegada a la ciudad, es que todo había comenzado cuando un tal conde Etienne de Beaumont, dispuso una velada especial y muy particular. Este que alardeaba de crear las mejores fiestas de París en sus lujosas mansiones o en su castillo familiar, decidió probar con algo nuevo y excitante como el

ocultismo. Ay, las modas...

Aquella funesta noche le presentaron a la bellísima Madame Lemoyne. Fue invitada por un amigo del conde a una de sus numerosas fiestas, en las que se juntaba con la *creme de la noche* parisina y que decía ser una ocultista de renombre. Habitualmente a ellas acudía gente como Kiki de Montparnasse y su amante Man Ray, Pablo Picasso, Guillaume Apollinaire, Georges Braque, Erik Satie, Henry Miller, Jean Cocteau o Tsuguharu Foujita. Además pasaban por allí la magnífica generación perdida, nombrada así por Gertrude Stein y que eran: John Dos Passos, Ezra Pound, Erskine Caldwell, William Faulkner, Ernest Hemingway, John Steinbeck y Francis Scott Fitzgerald. También había toda una infinidad inabarcable de vividores de todo tipo de pelaje, que se reunían como sanguijuelas alrededor de una fuente de dinero estable, alcohol y sexo.

Esta fiesta sin embargo, era privada. Solo era para miembros de la secta que adoraba al Primigenio o más bien, dado el resultado, aspirantes a serlo.

Madame Lemoyne tenía un precioso rostro de generosos pómulos, barbilla redonda y de facciones suaves. Estas revelaban su origen mestizo y que era fácilmente reconocible por el color chocolate claro, de su aterciopelada piel. Como era normal en París en las mujeres de su edad, llevaba el pelo a la moda *Garçon* e iba muy elegantemente ataviada para la ocasión. Llevaba puesto un vestido negro con motivos de color azul cielo, que le llegaba hasta las rodillas y sobre él, una bata floreada con tacto de seda. Esta tenía toda la apariencia de ser extremadamente cara y que la usaba, para impresionar en sus demostraciones de ocultismo.

Obviamente ni eso, ni sus collares de perlas importaban ahora, pues yacía lívida y con la garganta arrancada a mordiscos, sobre una muy cara alfombra persa.

La invocación se ejecutó en una mansión que el conde tenía para estos y otros juegos, en un lugar discreto del barrio de *Montmartre*. Puede que por fuera no pareciese gran cosa pero su interior, era tremendamente lujoso y quedaba patente, como demostraba la estancia en la que se había realizado el ritual, que el conde no andaba corto de presupuesto.

En esa habitación era donde se hallaba ahora el Profesor Haven.

Ernest se había quedado en la retaguardia con una misión de extrema importancia y parecía estar muy concentrado mientras sudaba copiosamente, cuando lo dejamos allí para perseguir al maldito bicho huido. De las palmas de sus manos brotaba una luz blanca bastante fuerte que iba dirigida (curiosamente), a una botella de Champagne y esta, aparentaba responderle con un fulgor de color violáceo y de aspecto bastante malhumorado.

Para darle un toque más irreal a la situación, se escuchaba proveniente de algún lugar al fondo, la música de un gramófono que reproducía una canción de Jazz bastante popular de ese año.

El Profesor Haven no parecía ser muy consciente de que le rodeaban una veintena de cadáveres desangrándose y que estaban extraordinariamente mutilados a base de mordiscos, huesos rotos y cortes profundos. Tampoco parecía ser consciente —o no quería serlo—, de que por encima de la botella, a un par de metros escasos, flotaba en el aire la rasgadura en el velo de la realidad. Esta mostraba una noche perpetua jalonada de estrellas, que pertenecían al mundo del cual procedía el bicho.

—“¡Necesito que os deis prisa! ¡No sé cuánto tiempo más poder aguantar el control sobre el objeto e impedirle volar! —dijo el Profesor Haven entre resoplidos. —¡Si se rompe la botella, ese demonio quedara suelto en este mundo y tendremos muchos

problemas para capturarlo!”

—¡Lo sé, lo sé! —exclamé jadeando y no me preguntéis como oía la voz del viejo Profesor en mi cabeza ya que eso, se lo dejo a expertos en hechicería. —¡Jean-Luc *plus vite* (más rápido), o lo perderemos! ¡Usaremos el fanal en breve! —le dije a mi amigo que iba solo a medio metro por delante de mí, a todo correr.

La calle iba a terminar muy pronto porque ya se veía que se ensanchaba para dar a parar a una plaza y justo en el último edificio, dejamos de oír el traqueteo de “eso” en el tejado.

La luna se deshizo de las nubes tormentosas de golpe, como si no quisiera que le robaran el protagonismo y todo se ilumino con una deliciosa luz plateada. Gracias a ello, pudimos ver bien el edificio en el que terminaba la calle. Era más grande que los de al lado y era rectangular, con un tejado alto de color gris y el resto, mezclaba la blancura con el ladrillo visto. En la esquina del edificio había dos balcones, uno grande a media altura y otro pequeño situado en lo que sin duda, era una buhardilla en el tejado. Seguro que ese sitio, tenía una espléndida vista de la *Place du Tertre* que estaba inmediatamente debajo.

Nos centramos en el tejado intentando encontrar al demonio pero no aparecía por ninguna parte.

—¡Sigue oculto! —dije con desesperación en la voz. —¡Usa el quinqué que nos dio el profesor!

Jean-Luc desato el fanal de su cinturón que había venido traqueteando en un costado de su enorme cuerpo; levanto la tapa de cobre así como el cristal; cogió su viejo mechero que tenía una forma ahusada (con franjas doradas-plateadas) y le quito la capucha, dejando ver una rueda dentada y una mecha que olía a alcohol.

Como siempre ese trasto encendió a la primera, como si temiese la ira de su dueño y prendió la empapada mecha del quinqué, y en seguida una llama aleteo alegre, como quien recibe visitas inesperadas de familiares en horas intempestivas.

Este desde luego no era un fanal cualquiera aunque su aspecto fuese de lo más vulgar. Por lo visto si un barco se perdiese en determinados lugares del mundo y luego volviese sin tripulación, haría que los objetos hallados en su interior se volviesen tremendamente poderosos. Por eso eran tan codiciados por los hechiceros, dadas sus portentosas cualidades.

Puede que para el resto del mundo aquellas pérdidas fuesen simples naufragios envueltos en el misterio pero era obvio, que habían atravesado el velo en algún punto débil de la realidad en el planeta. Por supuesto que si algún humano volvía de semejante embate, este habría perdido el juicio sin remedio.

—¡Muéstrate, maldito demonio! —dijo Jean de manera un tanto melodramática y con su fuerte acento francés.

El fulgor del embrujado artefacto, emitió un rayo de luz perfectamente definido hacia un punto en lo alto del edificio y allí apareció el cazador de pie, en todo su terrorífico esplendor. Media unos magníficos dos metros o dos metros diez de altura y estaba con la mirada fija en un punto de la plaza..., ignorándonos alegremente.

Su cuerpo tenía un aire casi felino pero era una impresión engañosa ya que su piel, no tenía pelaje si no que era como gomosa y de color negro aunque tenía reflejos de color morado. Sus ojos grandes y rojos —del color de la sangre seca—, eran refulgentes y su boca abierta, era ancha y llena de hileras de dientes como los de los tiburones. Su terrorífica boca ahora abierta, era lo suficientemente grande como para arrancarte

media cabeza de un mordisco. Al menos, la mía.

El resto era estilizado y nervudo por lo que parecía engañosamente fácil de atrapar. Las alas que poseía aquel animal, eran muy parecidas a las de un murciélago y le salían de la espalda porque a diferencia de estos, no formaban parte de sus brazos. Eran enormes y estaban desplegadas, mostrando el color morado de las membranas en las que se apreciaban multitud de venas y que además, tenían varios desgarrones que aumentaba, lo desagradable que era el bicho.

Sus brazos eran delgados y acababan en unas manos cuyos dedos parecían más bien cuchillas afiladas negras, que manos propiamente dichas y de su parte posterior, salía un rabo largo que terminaba en una hoja de cuchilla, en forma de punta de flecha bastante grande. Esta reflejaba la luz de la luna en tonos morados en esa afiladísima y mortal arma.

Todo en él, tenía el aire de la suficiencia de un asesino experto...

—¡□□□□ (Aquí estoy), James! —Grito una voz a mi izquierda —¡Tengo al idiota que se ofreció como sacrificio! Me lo encontré mientras vigilaba los alrededores como me pediste —dijo alguien con un deje de indudable satisfacción, a la par que un horroroso acento hablando mi idioma.

Me gire y vi a Mei Ling al otro lado de la pequeña plaza con un tipo bajito y mortalmente asustado, al que Mei —la otra componente de mi equipo que faltaba por nombrar—, mantenía atrapado con una buena llave que le tenía inmóvil.

Bueno..., casi inmóvil porque el tipo, temblaba como un polluelo asustado.

Mei vestía con un traje de hombre a medida de color negro, zapatos negros casi planos y no tenía puesta la chaqueta que había dejado en un banco cercano. El chaleco blanco que llevaba, remarcaba su silueta de manera que ninguna joven de su edad debería mostrar pero... ¡Estamos en París! ¿Qué queréis que os cuente? Lo único que no había cambiado en ella desde que la conocí, era su largo pelo liso y negro que llevaba el flequillo cortado recto. Supongo que si se atrevía a cambiar algo en él, sus ancestros aparecerían y la maldecirían allí mismo para el resto de la eternidad.

Estuvimos en China el año pasado por estas fechas y sea de donde sea, que saca el viejo profesor sus indicaciones, nos llevó casi todo el año llegar hasta un pueblo perdido en el norte de la provincia de Yunnan. Todo fue muy complicado por el idioma y tuvimos que pagar muchos sobornos para llegar Lijian, que era nuestro objetivo. El pueblo era muy hermoso y contenía un buen número de abigarradas casas de piedra, con sus típicos tejados de teja gris acanalados y algo muy peculiar: unos trescientos puentes de piedra sobre canales de agua que tejían las calles del pueblo como si de costuras se trataran.

Buscamos a la chica china sin parar durante un mes hasta varios días antes del evento preguntando casa por casa sin detectar a la desdichada. En cuanto al evento, el Profesor y yo, creemos que este tiene que ver con algún acontecimiento estelar imperceptible para los humanos, ya que es posible que ni siquiera se produzca en nuestra realidad.

Por una vez según nos dijo el Profesor, las indicaciones extraídas del Éter parecían ser absolutamente claras y fuimos a salvar a la chica cuya casa (curiosamente), ya habíamos visitado ese mes. Además la madre de la chica era la única que gracias a Dios, hablaba nuestro idioma y que nos había ayudado como interprete con las demás personas del pueblo. Al parecer habían pasado por allí unos jesuitas de los que había

aprendido a hablarlo y se lo había inculcado a su hija..., más o menos.

Le explicamos a la madre lo que estaba por suceder y pedimos permiso al padre para custodiarla hasta que pasase la fatídica fecha, según dictan las costumbres en la zona si se presentan extranjeros con peticiones extrañas pero este reticente, aseguraba tener suficientes medios para protegerla por sí mismo. Decía ser maestro de un tipo de arte marcial de lucha muy temible y que con eso era más que suficiente. Todos sabíamos que era hartamente difícil que el solo pudiera protegerla pero en cuanto a su arte, pude comprobar en numerosas exhibiciones posteriores que no mentía.

Toda la reticencia del padre era comprensible dado que Mei Ling era su única hija, su mejor alumna y su sucesora al frente de la escuela de lucha.

Por desgracia caímos en la trampa de ese ser astuto y vil, al que ayudan unos hombres que no merecen el nombre de tal. Nos engañó usando a Mei como cebo y se llevó a otra chica que vivía justo una casa más abajo, en lo que parecía ser una broma macabra por su parte. La teníamos al alcance de la palma de la mano y la perdimos porque exhaustos por el viaje y el no parar de buscar, no caímos en que había sido engañosamente fácil encontrar a Mei Ling.

Fue entonces cuando ocurrió que tras oír a una mujer gritar, salimos para ver que acontecía. Fuimos hasta el canal bordeado de un parapeto de piedra, que discurría a la par de las casas más cercanas y que ya estaba lleno de gente muy asustada. Al asomarnos el agua del canal, ya se había convertido en un espejo y tras él, parecía haber un universo estrellado. Unos pocos metros bajo la superficie, una chica china nos miraba con los ojos abiertos de terror mientras flotaba cada vez más lejos y era arrastrada por un ser, como el que perseguíamos esta noche. Este nos sonreía desde el otro lado con sus dientes de tiburón como incitándonos a perseguirle.

Saltamos prestos al río y caímos en apariencia lentos, como entrando en una burbuja opresiva, a una superficie lisa que se había vuelto tan dura como la piedra así que a pesar de la impresión contraria, fue una caída bastante dolorosa. Usamos nuestras armas, las manos, alguna piedra que nos lanzaron de ayuda y aun así, no pudimos abrir brecha alguna. Miramos al viejo Profesor impotentes y este usó sus hechizos sobre el río aunque también sin efecto alguno. Estaba claro que el poder que mantenía aquel efecto en el agua era tremendo y siguió unos minutos así, hasta que se pasó el evento y se desvaneció como un mal sueño. Entonces los tres caímos al río más frío en el que había caído nunca.

Lo más doloroso para mí, no era solo que perdiésemos a otra joven —que ya era horrible de por sí—, sino que volví a ver de nuevo a mi amada Rosalie flotando plácidamente en aquella inmensidad de estrellas al fondo. Verla tan bella, sumida en un sueño profundo a mi alcance y a la vez tan lejos, me desgarró por dentro con un dolor inenarrable.

También es cierto que este dolor se me cortó en seco y que mi sorpresa fue mayúscula, cuando observe que junto a ella, había otra chica de cabello rojo fuego que dormía a su lado. Seguramente no la había visto antes porque yo había estado poseído en el anterior evento y no me hallaba en las mejores condiciones para observar nada al respecto.

Cuando todo acabó, Mei se vino con nosotros por orden paterna a pesar de los llantos desconsolados que profería su madre, en contra de aquella idea. Su padre le ordenó averiguar si había alguna forma de traer de vuelta a la chica raptada pero yo siempre he tenido la impresión, de que había sido idea de la propia Mei y que se lo había sugerido a su padre manipulándolo hábilmente.

Creo que estaba ansiosa por escapar de los deberes, que se le iban a imponer en la

escuela de lucha que regentaban sus progenitores. No creo que estuviese preparada para ellos, dada su juventud.

—¡El bicho se mueve, James! —grito Mei a cierta distancia devolviéndome a la realidad del momento.

—Bien. Preparémonos, Jean-Luc —dije sereno. —Deja el quinqué en el suelo. No creo que este trasto le deje ocultarse de nuevo.

El demonio alado pareció sonreír mostrando su doble hilera de dientes de tiburón y se dejó caer a plomo. Cogió velocidad y antes de llegar al suelo, desplegó las alas en unas décimas de segundo y volando recto, alcanzo entonces una velocidad salvaje. Arrancamos a correr mientras Jean-Luc sacaba una pistola de su funda, y yo sacaba mis dos espadas cortas situadas en mi espalda y que estaban encajadas en un artefacto, que las mantenía ocultas a ojos indiscretos bajo mi abrigo.

Jean-Luc disparo su *Browning* y la bala le pasó rozando a la criatura que proseguía su avance cortando el aire. Mei, empujo a un lado al desdichado que hacía de cebo y este, vomito antes de estrellarse contra uno de los bancos de la plaza, poniéndose todo perdido. Entonces me di cuenta de que no podía irse porque estaba atado a él.

Mei Ling desenvaino con tranquilidad una espada muy estrecha de doble hoja, de cuyo mango, colgaba una cuerda roja trenzada y que acabada en una borla también roja. Según me había contado este tipo de espada, designaba a los maestros de su arte y que era muy difícil de dominar. Se la había entregado su propio padre antes de partir con nosotros, otorgándole el título de maestra que ella aún no estaba segura de merecer.

La bestia negra y morada llegó hasta ella en un suspiro y justo cuando iba usar sus garras para atravesarla, algo invisible tiro del animal hacia atrás y por eso dos balas más de Jean, se perdieron errando el tiro mientras soltaba un gruñido de frustración.

—“¡Estoy reteniéndole pero no sé cuánto más podré aguantar!” —retumbo la voz grave del viejo Profesor en nuestras cabezas.

La larga cola del demonio hizo un giro completo en el aire y aprovechando la inercia, lanzo su hoja de unos treinta centímetros al rostro de Mei. Esta respondió automáticamente doblando su cuerpo hacia atrás y la cuchilla le pasó rozando el cuello y, al caer de espaldas paro su cuerpo en seco, usando la funda de su espada para apoyarse.

El demonio parecía confundido al no haber cercenado la cabeza a la humana que se interponía ante su premio, lo cual aprovecho mi amigo francés para apuntar mejor ya que estando tan cerca, difícilmente podría fallar. El animal lo presintió casi al instante porque se revolvió y con su ala, barrió el suelo. Hizo que Jean cayese con un fuerte golpe —con todo lo grande que era—, en el suelo adoquinado de la calle.

Otra bala más de su arma se perdió sin su blanco.

Mei Ling se levantó de un elegante salto desde el suelo y yo mientras corría, solté las espadas cortas en el aire para cambiar las muñecas de postura y cogerlas de nuevo para usarlas para apuñalar.

Y salte...

El animal me miro aparentemente sorprendido y un segundo después, desapareció.

Yo choque con algo sólido pero invisible mientras clavaba, no sé dónde, mis dos finas hojas y luego salí despedido rebotado hacia atrás mientras oía un rugido de dolor inhumano. Caí sobre Jean tan aparatosamente que este, no tuvo más remedio que dejar de apuntar a aquel ser por mi culpa, mientras exhalaba todo el aire de sus

pulmones por el golpe. De pronto sentí que algo me agarraba la bota y tiro de mí con tal fuerza, que rozando mi cabeza con los adoquines del suelo, hizo que saliera despedido por el aire con gran violencia; como es lógico, grite desesperado.

Tuve una gran suerte de que la *Place du Tertre* contara con una cantidad adecuada de árboles cercanos y que la copa de uno de ellos, acogiera amorosamente mi cuerpo entre cariñosos roces, cortes, y ramas clavadas en partes delicadas de mí que prefiero no nombrar. Me agarre como pude para no caerme y al mirar hacia abajo, me di cuenta de que la luz del quinqué no paraba de parpadear.

—¡Profesor, creo que nos están sabotando! —dije con voz alterada.

—“Cierto James, parece que cuentan con un hechicero competente en algún lugar cercano —murmuró como pensando para sí mismo. —Parece que han hecho dos rituales simultáneos y por desgracia, ya tienen a la chica. Este ser es el producto de un error y ahora tratan de dominarlo para matarnos. Lo cual, me viene de perlas...” —dijo el profesor con un deje casi divertido.

En ese instante Mei Ling ataco de un salto, haciendo unos giros casi horizontales y al llegar al punto que había calculado, clavo su espada en el aire tomando como referencia las mías. Después saco el arma y giro sobre sí misma, soltando una patada a una velocidad de vértigo. Esta sonó seca y fuerte al impactar en alguna parte del bicho invisible y luego, usando la inercia salto hacia atrás, haciendo un surco elegante hacia arriba con la espada mientras parecía danzar más que pelear, entre movimientos que solo ella conocía. Acabo en una postura defensiva un par de metros atrás y que me era vagamente familiar.

Fue entonces cuando se oyó algo como cuando una cosa pierde adherencia sobre otra. La carne y el hueso se despegaban por lo que otro grito desgarrador, tañó potente la noche y este fue seguido de un golpe sordo de algo muerto chocar contra el suelo.

Eso hizo que Mei Ling sonriese mientras se preparaba para volver a atacar.

—¡Bien Profesor! ¡Usemos sus errores en su contra después, ahora necesitamos luz! —grité mientras veía como mis espadas se movían solas en el aire y salían de donde estaban clavadas para caer al suelo.

—“¡Lo tengo!” —grito con júbilo el profesor y al poco la luz del fanal, se encendió de forma súbita mostrando una terrible escena.

La criatura que miraba fijamente a Mei Ling con una ira indescriptible en sus ojos rojos, trataba de taparse con la garra la herida abierta donde antes había estado su otro brazo y que le había sido cercenado, junto con parte del ala de su espalda. Tras un instante, se puso a tironear con una furia denodada, del hilo invisible que le ataba mientras mantenía fija la mirada en la joven china. Mei le sonreía con un punto de picardía, presta para atacar de nuevo.

De las heridas parecía manar un líquido de color amarillento realmente desagradable y que remitía por momentos. También tenía un par de cicatrices recién cerradas donde mis hojas le habían atravesado el pecho y que parecían tener un curioso color blanco en los bordes. Al lado por supuesto, había otra cicatriz, también cerrada de la espada de mi amiga china y en el suelo, ya os podéis imaginar el que.

Mei Ling ataco con un gruñido de satisfacción pero no tuvo nada que hacer porque Jean-Luc, disparo en ese momento alcanzando la cabeza de la bestia que se desplomo al instante.

—¡Joder! —grite mientras bajaba aparatosamente del árbol. —¿No se suponía que teníamos que pillarlo vivo?

—“No habría servido de nada ya que ese demonio no tenía cerebro suficiente como para poder pensar de la manera que necesitamos.” —intervino el viejo profesor. —“¡No importa, tenemos algo mucho mejor!” —dijo el profesor en nuestras mentes con júbilo.

—¿El qué? —pregunto curiosa Mei que ayudaba como podía, a levantarse a Jean-Luc del suelo.

—Sí, ¿el qué? —dijo este intentando parecer menos patoso, al ser ayudado por una joven de apenas un metro sesenta y cinco. —Porque hasta ahora, solo hemos tenido ejercicio al aire libre. —replico socarronamente Jean.

En ese momento las luces eléctricas de las farolas, se encendieron iluminando la bonita *Place du Tertre*. Nos quedamos absortos porque no nos habíamos dado cuenta siquiera de que tuviesen que estar encendidas. Parece ser que el hechizo que trajo a la bestia a este mundo había concluido y que el velo ya se había cerrado. Esto hizo que el cuerpo del bicho se pudriese con una rapidez pasmosa y que oliese como Jean, tras varios meses del viaje de vuelta de China.

Pero no digáis que lo he dicho yo. ¿Vale?

Me tome un tiempo para ver la plaza y me gusto la disposición de las casas. Su aspecto ordenado, lo rectangular de la misma con su suelo adoquinado, sus bancos, sus árboles y sus cafés de los edificios de alrededor ahora cerrados. Me gusto todo menos ese idiota que se aferraba balbuceante, a uno de los bancos para no caerse por sus continuos temblores.

Si esto acabase hoy, pensé, me encantaría hacer planes para vivir en París con mi Rosalie. Si sobrevivo, claro está.

Me saco de mis pensamientos la voz del Profesor Haven en mi cabeza...

—“¡Se casi exactamente dónde se celebrara este año el evento! ¡Podemos prepararnos para detenerlo!” —rio de felicidad el viejo Profesor.

Y esta era una de esas risas que te salen del alma, cuando por fin llegas a casa tras un viaje muy largo.

## SEGUNDO ACTO

**08:20 horas de la mañana. 12 de Octubre del año de nuestro señor, 1924. París. Francia.**

La noche había pasado rauda entre las recurrentes pesadillas que poblaban mis sueños, desde que toda esta historia comenzó. Que ese ser no pudiese usarme, no le privaba del placer de torturarme todo lo que podía cuando más indefenso estaba.

Utilizamos la mansión donde se hizo el ritual para dormir porque todos estábamos exhaustos tras lo ocurrido la noche anterior. Como estaba cerca de donde habíamos tenido que pelear, nos vino de maravilla pero eso sí, hicimos turnos de vigilancia por si acaso aparecían enemigos. La mañana plomiza y gris, no ayudaba a espantar los dolorosos recuerdos que mi mente tenía a bien regalarme cada vez que cerraba los ojos. Al menos el equipo seguía completo y dispuesto un día más, a luchar contra ese demonio y eso siempre era un consuelo.

Tras el traslado de cadáveres al sótano de la mansión, nos reunimos en otra de las numerosas habitaciones del lujoso y camuflado edificio del conde Beaumont. Los bajamos siguiendo las indicaciones del profesor, por si el brujo de anoche decidía reanimar a alguno de ellos. Era bueno en lo suyo y podía usarlos como arma aunque era probable, que estuviese tan agotado como nosotros. También dejamos cerrada la estancia en la que se hizo el ritual porque había demasiadas vísceras, masa encefálica y sangre seca como para proporcionar, la comodidad que necesitábamos. Aunque no para el único que había sobrevivido a la invocación del bicho: el idiota. ¡Tranquilos! ¡Que somos los buenos! Lo dejamos dormido y atado en un sofá, apartado y limpio, de lo poco que había quedado intacto en la habitación.

Jean-Luc estaba arrebujaado en un enorme y cómodo sillón forrado en piel de color marrón oscuro. Fumaba un puro tan grueso como el brazo de un recién nacido mientras Mei Ling, meditabunda, amolaba su espada de doble filo. Siempre me habían gustado los símbolos que poseía esa espada en su centro y que abigarrados, nombraban a todos los antepasados de Mei. Era una curiosa costumbre, esa de venerar a gente que ya había partido de este mundo, poniendo su nombre en algo que servía para hacer que otros también partiesen de ella.

El Profesor contemplaba con aspecto meditabundo como se iluminaba la calle con las escasas primeras luces del día, y usaba su poder, para vigilar cualquier cosa sospechosa desde detrás de las cortinas de la ventana más cercana.

Yo sin embargo, estaba concentrado en la limpieza de mis dos preciosas espadas cortas o puñales grandes, según se prefiera. Estas todavía contenían restos amarillentos de la sangre del bicho de anoche, que limpiaba tan metódicamente como Mei afilaba la suya. Dichas espadas las obtuve poco después del incidente que me arrebató a mi Rosalie y aunque no me siento orgulloso de esos meses llenos de ira y desenfreno, al menos salí vivo porque el Profesor vino a rescatarme. Aún recuerdo cómo se las gane a un tipo bastante desagradable —a puñetazo limpio—, en un antro clandestino de Arkham. Menos mal que lo noqueé en el último minuto porque el tipo era más alto, más fuerte y estaba más loco que yo.

El huérfano metido en peleas de nuevo y llevando una vida autodestructiva como cuando era joven. Cuan bajo caí aquellos meses, sumido en la intensa ira acumulada

por la impotencia y los mares de tristeza, ahogados en alcohol. Al menos ahora estaba intentando compensarlo. Algo es algo.

Para olvidar tan negros pensamientos me concentre en la belleza de mis espadas cortas. El mango tenía una forma ahusada y se doblaba unos pocos grados antes de continuar para convertirse en la hoja. Estaban tan perfectamente equilibradas y encajaban tan suavemente en mis manos, que si no fuese imposible, diría que alguien las había construido para mí. Todo el mango estaba tallado en un precioso marfil blanco y recubierto de plata negra, con una gran profusión de adornos. Estos, aunque floridos, recordaban ligeramente a algún tipo de ornato vikingo de guerra.

Pero si hay algo en ellas que debo alabar, para mí, lo más sublime de estas armas eran sus hojas. Su borde estaba confeccionado con un material muy extraño que el Profesor no había conseguido identificar, y estaban labradas en su cara interior, con unas preciosas siluetas de llamas blanquecinas que parecían congeladas. Estas rodeaban el centro de la hoja de un color gris oscuro y que tenía también, sus propias marcas de intrincadas formas.

Eran dos obras de arte mortales de una naturaleza extraordinaria.

Lo más curioso de estas hojas es que siempre estaban muy frías a pesar del clima que hiciese. Estaban tan frías que le habían dejado una inconfundible marca blanca, en las cicatrices que cause al bicho contra el que peleamos anoche.

Sé que solo son objetos pero no sé cómo explicar la sensación de pertenencia que conseguían transmitirme. A estas alturas eran tan parte de mi como mis ojos o mis piernas y desde luego, me gustaban tanto como el artefacto que el Profesor Haven me construyo para guardarlas. Este había usado sus vainas para crearlo y me permitía ocultarlas en mi espalda bajo mi abrigo. Así podía tener protección extra, por si me apuñalaban por detrás y de paso, nadie sabía que iba armado por la ciudad.

¡Ah, que útil ha demostrado ser el profesor Haven y sus conocimientos de lo oculto!

Por lo visto la noche anterior, al enfrentarnos al cazador del otro lado de la realidad, el viejo Profesor detecto a un brujo intentando rastrear la rasgadura del velo. Al parecer al mismo tiempo que estos inútiles hacían su estropicio, ese hábil enemigo invoco otro cazador para encontrar a la muchacha del evento de este año e intento matar dos pájaros de un tiro.

El Profesor me conto que para poder tener dos criaturas de este tipo bajo control, no solo bastaba con ser un hechicero competente sino ser uno excepcional y el de anoche, era bueno pero no tanto. Entonces, como un paciente pescador, dejo que la energía del brujo recorriera la realidad rasgada y este, pasó por la botella de champagne, luego por el hilo de la invocación y llego al bicho de la sonrisa de tiburón, sin detectar la trampa.

Cuando el hechicero descubrió que el demonio alado no podía ocultarse, apagó el quinqué que lo hacía visible para darle ventaja sobre nosotros y darle la oportunidad de matarnos. El problema era que como no había ningún vínculo físico entre el quinqué embrujado y el ser, el brujo tuvo que hacer un esfuerzo considerable para conseguirlo. Ahí fue cuando el brujo se dio cuenta de que había alguien más actuando sobre el cazador aunque no lo tenía bajo su poder. El por qué era bien simple: todo había sucedido demasiado rápido y estas invocaciones llevaban su tiempo y mucha concentración de energías místicas que el profesor quiso guardarse por si acaso.

No por nada era un excelente jugador de ajedrez.

El brujo para entonces, se había quedado agotado y vulnerable a un ataque de

recorrido inverso así que el Profesor, aprovecho la ocasión para entrar en su mente siguiendo su energía hasta el origen y pudo ver brevemente, información sobre el evento. Puede que no consiguiese saber quién era la joven del sacrificio de este año sin embargo, vio la localización del sacrificio.

El problema es que dada nuestra suerte habitual, no iba a ser nada fácil llegar a él.

Acceder una cripta en algún lugar del *Cimetière du Nord* aquí en el barrio de *Montmartre*, podría ser sencillo en cualquier otra circunstancia y otro día del año, pero si había veinte seguidores del durmiente muertos en el sótano y un hechicero que había intentado matarnos... ¿Que se podía esperar del acceso a este magnífico cementerio tan bello como siniestro? Lo que estaba claro es que los seguidores de este ser eran en su mayoría, personas pobres de espíritu y fáciles de quebrar. Seguro que los muy imbéciles creerían que serían salvados tras la catástrofe, cuando el Primigenio reinase de nuevo en este universo. De algo le servían las horribles pesadillas que mandaba a sus elegidos mientras dormían. Doy fe del sufrimiento que causaban.

Otro hecho remarcable era que el propio conde de Beaumont, no estaba entre los cadáveres del sótano. Esto significaba que o bien, era un rehén víctima de las circunstancias o que era el organizador de todo lo orquestado aquí en París.

Al parecer el supuestamente inicuo conde de Beaumont, según vio Ernest en la mente del brujo, tenía un mausoleo familiar en el enorme y viejo cementerio pero no había conseguido su localización exacta.

Eso no podía ser una coincidencia. No en un día como el de hoy.

Con pensamientos tan grises como las nubes del día y un tanto abatidos por el cansancio, salimos cautelosamente del edificio del conde y nos aseguramos de que no nos siguiesen dando muchos rodeos. Luego entramos en un viejo café y nos fuimos a un lugar en el fondo. Allí apartados podríamos desayunar tranquilos pero antes de ponernos a ello, nos aseguramos de que hubiese salida por la parte de atrás del local.

Nos habíamos llevado con nosotros al idiota superviviente de la noche anterior, al que el profesor le borro los eventos ocurridos de la mente y le inculco de paso, algo de sentido común. No pareció reconocernos cuando se iba por la puerta del café sin despedirse.

Que desagradecido.

Mientras desayunábamos un delicioso café y *croissants* recién hechos que Jean-Luc devoraba con fruición, intentábamos planear nuestro siguiente movimiento y todos, nos mostrábamos reticentes a la jugada del Profesor Haven...

—¿Profesor, no deberíamos echar un vistazo antes al lugar? Siempre me he sentido más cómodo en un combate si conozco el lugar donde peleo. —pregunto Jean-Luc mostrando su forma de ser eminentemente práctica.

—No, amigo mío. Tendrán que bastar los planos del lugar que os conseguiré y que tendréis que memorizar. Además tendrán gente dispuesta en la comitiva y dentro del lugar. No tenemos la ventaja del elemento sorpresa, amigo mío. —aseguro el viejo Profesor mientras oía el gruñido de insatisfacción de Jean. —Había un entierro esta mañana y lo he retrasado para la única hora disponible de la tarde. Curiosamente es casi a la hora del evento.

—¿No es un poco raro que esa hora estuviese libre? Ese cementerio es muy exclusivo. ¿No? —pregunto Mei

—¡Oh, desde luego que no es casualidad jovencita! Es más, el finado, tiene que ver con todo lo que está sucediendo hoy. Nosotros sabemos que ellos estarán y ellos saben que vamos a ir. —dijo con el sarcasmo teñido en cada palabra. —Ya casi nada me extraña a estas alturas y este equilibrio de poderes en los acontecimientos, me

hace pensar en que hay algo oculto ahí fuera.

—¿Quiere decir aparte de los seguidores del Durmiente? —pregunte yo extrañado.

—¿Crees acaso que el que nosotros tres estemos aquí en este momento, es mera casualidad? Yo no lo creo en absoluto. Hay algo ahí fuera... Algo... No sé qué es pero se me escapa al intentar detectarlo y lo hace con una facilidad pasmosa.

Callo unos instantes pensativo y luego continuo.

—Sea como sea, ese es nuestro modo de entrada al cementerio, ya que iremos con la pariente más cercana del difunto. También hay un plan B aunque es un tanto más accidentado y preferiría no tener que usarlo.

—¿Entonces tendré que vestirme de mujer? No me molesta pero mis movimientos, estarán más limitados a la hora de pelear. —dijo Mei Ling preocupada mientras se trenzaba el pelo.

—No querida, irá de caballero como hasta ahora pero llevara puesto un sombrero con el pelo recogido dentro y agachara la cabeza en todo momento. —imito una falsa cara triste que hizo sonreír a Mei. —También y con la ayuda de un amigo barbero, le pegaremos un bigote para completar la ilusión que necesitamos ya que allí habrá también gente normal y corriente.

—Yo opino igual que Jean, Profesor. Deberíamos hacer limpieza de enemigos. ¡Tenemos una leve ventaja por primera vez en dos años! ¿No sería lo más lógico?

—dije con ansiedad manifiesta.

—No James. Si yo pude acceder a los pensamientos de ese brujo estoy casi seguro de que él sabe que entré y estarán preparados. Lo que él hizo requería mucha destreza y lo que hice yo, fue a pesar de todo, apresurado. Creo de verdad que ha de ser así.

—¡Pero es muy arriesgado! —exclamo Mei muy seria.

—Lo sé. El problema, es que casi siento... que esta decisión no es del todo mía. —comento para sí mismo.

Se quedó de nuevo pensativo mientras todos le observábamos desconcertados y miro hacia el techo del café como si intentase detectar algo y luego, como si la idea que tenía en la cabeza se le fuese de repente, continuo hablando tono serio.

—No hay nadie que quiera más que yo detener a esa abominación. O al menos lo deseo tanto como tú, James. —comento con intensidad en la voz. —Se el dolor que padeces...

—Con todos mis respetos profesor, esto no es igual que un fallecimiento. —dije pensando en que se refería a algún familiar difunto. —El tiempo da la aceptación de la perdida pero yo no la he perdido. ¡Aún no! —exclame. —Hoy por fin hay una oportunidad real de salvarlas pero no puedo soportar ver de nuevo a mi Rosalie y...

—¡Acudí a usted en Arkham por dos razones muy sencillas amigo mío! —me interrumpió bruscamente el Profesor. —La primera es porque sabía que estaría de sobra motivado para hacer lo que hiciese falta y la segunda..., es porque sé que es inteligente. —me dijo con una tristeza infinita en los ojos que hicieron que el viejo Profesor, pareciese cien años más viejo.

No sé si el Profesor me envió la imagen a la mente mediante alguno de sus artificios místicos o si simplemente yo hice la conexión. Vi en ese momento con total claridad a la chica pelirroja flotando dormida y rodeada de estrellas, al lado de mi amor. Vestía ropa de hombre de campo, demasiado grande para ella aunque a pesar de ese aire rural desgarrado, era alta y hermosa. Al fijarme en la imagen de mi mente con más detalle, encontré los claros indicios en ella que encajaban con mi hipótesis. Su pelo rizado de color rojo fuego se parecía a los rizados cortos y blancos que se batían en retirada en la cabeza del profesor y ciertamente los pómulos, el arco de las cejas y la

forma de la boca, coincidían.

—¿Mi Rosalie no fue la primera, verdad profesor? —dije asombrado. —Y yo que en mi desdicha, me creía único en el universo...

—No, amigo mío. No lo fue. Ese ser intento doblegarme igual que hizo con usted pero a mí, me protegió mi maestra en las artes arcanas cuando intento atacarme. Ella me salvo. Hizo el mismo hechizo que yo use con usted, solo que al ser tan poderosa, lo ejecuto al instante y el durmiente no pudo tocarme. Como venganza, se llevó a mi nieta como la primera virgen pero ya no tenía un elegido. Por eso le escogió a usted. —dijo acongojado.

—¡La chica pelirroja que vimos en China! —exclamo excitado Jean al recordarlo de repente.

—Yo también la vi aquel día en el río. Pero... ¿Por qué no hemos hablado antes de esto? —pregunto Mei.

—Creo que como dice el Profesor, en esto hay algo oculto que no percibimos. En mi caso solo sé que cada vez que pensaba en ello, mi mente acababa desviando ese recuerdo al sentimiento de la pérdida de mi Rosalie. —dije yo asombrado.

—En mi caso, lo hacia la obsesión de que hay algo esperándome ahí fuera... —comento Jean cabizbajo.

—Y en el mío, hacia la vergüenza por no estar a la altura de las expectativas de mi padre y el deber de rescatar a mi compatriota... —dijo triste Mei

—Esa es la mejor prueba de que hay otro poder actuando. De que forma parte de todo esto pero que se escapa a mi comprensión. —dijo el viejo Profesor. —Ojala estuviese aquí mi maestra, ella es mucho más poderosa de lo que yo seré jamás y tendríamos alguna respuesta. —comento afligido. —Por alguna razón que no entiendo, parece que se nos ha dado permiso para hablar de esto. No puedo interpretarlo de otra forma.

Pasó un rato en el que estuvimos todos en silencio y dándole vueltas a toda esta nueva información pero mi curiosidad, seguía empujándome así que al final no pude más y tuve que sacar el tema.

—Bien Profesor, cuéntenos que ocurrió con la chica pelirroja... —le pedí con amabilidad pues no había forma de pedirlo con tacto.

—Mi nieta Cathleen era una adolescente vivaracha, delgada como una espiga de trigo y un tanto salvaje pero con un corazón cuya honestidad, no se veía a menudo. —dijo sonriendo tristemente. —Mi hija murió al darla a luz y su padre, no tenía lo que hay que tener para llamarse hombre y sobrellevar esa responsabilidad. Yo me hice cargo de ella y la críe en una granja que poseo a las afueras de *Boston*...

Recordando aquellos tiempos, se removió inquieto en la silla donde estaba sentado y luego, prosiguió...

—La venganza de ese ser, me pilló desprevenido y a mucha distancia de la granja pues en ese momento, me encontraba en *New York* tras un largo viaje de vuelta a Estados Unidos. Estaba allí para dar una conferencia sobre ocultismo a un prestigioso grupo de profesores y científicos totalmente escépticos. El lugar donde nos habíamos reunido, era la mansión de un rico empresario interesado en estos temas y seguro que los allí presentes, pensaban que yo (un reputado matemático), no podía haber caído más bajo. —comento cínicamente. —Ese era el motivo oficial pero no el real, ya que mi maestra y yo, llevábamos todo ese año buscando un objeto que resulto estar en posesión del anfitrión de la reunión. Organice el evento para sondear el rico empresario como posible aliado y al ver que no era del tipo de hombre que necesitábamos, le

indique a mi maestra que robara ese objeto ya que ella, lo necesitaba con urgencia. Cuando todo acabo nos fuimos sin levantar sospechas o al menos eso creímos. Volvimos al hotel en el que habíamos alquilado dos habitaciones y conseguimos activar el objeto.

—¿Pero algo salió mal, no? Por qué no la hemos conocido —dije serio.

—No salió bien, no... El objeto sin embargo, funciona a la perfección dándole lo que tanta falta le hacía y luego la deje sola. Necesitaba intimidad para consultar la información del mismo lugar del que yo la extraigo. Como sabéis hay que estar muy concentrado y relajado para conseguirla. —comento aleccionador como siempre el viejo Profesor. —Mi maestra fue raptada esa misma noche y a mí no se me llevaron porque había salido a dar una vuelta. Me fui porque me sentía muy inquieto y necesitaba pensar. Luego me asuste mortalmente cuando sentí el hechizo protector de mi maestra y su preciosa energía desapareció. Además había en el aire algo más siniestro que no era capaz de definir.

—Estaba comenzando el primer evento ¿No, Profesor? —dijo Jean-Luc echando humo de un nuevo puro que había encendido.

El viejo Profesor asintió lentamente.

—Mi pobre nieta estaba con la gente que me cuidaba la granja. ¡Buena gente, sí señor!

—comento con cariño en la voz. —Ni ellos ni yo estábamos preparados para esto. ¿Quién hubiera podido estarlo?

—Ya hemos comprobado que ese ser es harto rastrero, Profesor. —dije enfadado.

—Sí, es cierto. —convino conmigo. —Tras lo ocurrido con mi maestra, me oculte en casa de un amigo de toda la vida que vivía en *Manhattan*. Tan solo minutos antes de que el sacrificio se llevase a cabo, tuve noción de lo que estaba ocurriendo porque estaba escrutando el Éter, buscando el rastro de la prisionera. Al comprender que lo que pasaba concernía a mi nieta, me puse en camino tan rápido como pude pero estaba muy lejos... —dijo cabizbajo. —Cuando al fin llegue varios días después, en la granja me recibieron entre lágrimas. Me contaron que trataron por todos los medios de despertarla del trance en el que se hallaba pero que no pudieron. Impotentes, la siguieron para ver donde iba y todos se asustaron muchísimo, cuando el agua del riachuelo que cruza mis propiedades se cristalizó y una noche estrellada se la trago. Si no lo hubiesen visto con sus propios ojos, hubiesen pensado que se trataba de un accidente.

—Lo lamento mucho Profesor. —dijo Jean de corazón.

—Pero usted me encontró en Arkham después del segundo evento. —insistí. —¿Cómo es que no llego a tiempo la segunda vez? —pregunte pensativo.

—Simplemente porque me fue imposible, James —dijo enfático. —Año y medio antes de que todo esto empezase yo tenía nociones muy básicas de hechicería pero me bastaron para saber que algo muy grande iba a ocurrir. Lo notaba en el Éter. Por eso hice un viaje muy largo y conseguí contactar con la que después sería mi maestra. La avise de que algo enorme acontecería y solicite su ayuda. Necesitaba que viniese a este plano de existencia y junto a ella, lo primero que hicimos fue buscar un objeto de una ancestral cultura que necesitaba con desesperación, si quería permanecer en este mundo.

—Espere un momento... ¿Qué es eso de que ella no es de nuestro plano de existencia? —pregunto Mei alarmada.

—Esa historia me está prohibido contarla más allá de lo comentado así que solo os diré que mientras volvíamos del viaje, hicimos escala (por así decirlo), en un viejo monasterio de Italia en el que hallamos un manuscrito. Este contenía leves referencias a los siete eventos y al Durmiente, que nos confirmó vagamente lo que acontecía pero sobre todo, tenía información sobre el objeto que ansiaba mi maestra y como detectarlo. El rastro nos llevó a *New York* como ya sabéis.

—Tampoco puede decirnos que es ese misterioso objeto y para qué sirve. ¿Verdad?  
—pregunto Mei aunque conocía la respuesta.  
—Ojala... —dijo el profesor con un suspiro y prosiguió con su historia. —Tras lo acontecido con mi maestra y mi nieta, mi tiempo se repartió entre la búsqueda de la primera y de cualquier información sobre lo ocurrido con la segunda. De mi maestra no volví a saber nada hasta esta noche en la mente del hechicero. ¡Lo cual es magnífico! Y a pesar de la intensa búsqueda por diversos lugares, no encontré nada más sobre los eventos así que cuando llegue a Boston el año pasado, casi era octubre.  
—¿Y entonces es cuando vino a Arkham, no? —pregunte ansioso.  
—No, que va. Entonces es cuando me detuvieron por asesinato...  
—¿Cómo? —preguntamos los tres a la vez estupefactos.  
—La policía de Boston me retuvo un par de semanas por que alguien había dado mi descripción exacta, en un caso de asesinato para incriminarme. Así supe que había mucha más gente metida en esto, de lo que parecía a simple vista por lo que empecé a ser muy precavido. —narro mientras su faz parecía tensa como una máscara. —Me soltaron porque demostré gracias a un amigo, que yo estaba de viaje cuando ocurrió el asesinato. Mi amigo que es bibliotecario y al cual recurro para encontrar libros especiales, fue el que me comento que había una copia del Necronomicon en Arkham. Él me dijo que si había algún libro que podía estar relacionado con todo esto, era ese. Obviamente quería estar para el evento pero cuando lo detecté (y que para mi sorpresa, ocurrió el mismo día que el año anterior), yo estaba saliendo de la cárcel y volví a llegar demasiado tarde. Como no podía hacer ya nada, pague unos sobornos para pasar un par de horas con esa herejía de libro —gruño. —Estas me bastaron para ser consciente de la magnitud total de esta historia, y aunque tuve que protegerme con hechizos muy potentes de ese horrible manuscrito, merecí la pena.  
—Pero yo me había ido de la ciudad... ¿Cómo encontró mi pista? —pregunte intrigado.  
—Un magnifico inspector de policía de Arkham llamado Patterson me encontró y me conto con tristeza su historia. Defendió con vehemencia su inocencia y como a usted le había pasado lo que a mí, decidí ir en su busca. —sonrió con alegría por primera vez esa mañana el Profesor. —Mi primera parada fue en el manicomio local de donde se había escapado y tras rastrearle, le encontré buscando la muerte en aquellos siniestros antros de los que tuve que sacarle. —dijo mientras yo agachaba la cabeza avergonzado. —Unos días después apareció Jean-Luc misteriosamente y halle en el Éter, la pista de China...

Todos nos quedamos en silencio meditabundos pero el viejo profesor, no nos dio mucho más tiempo para pensar. Quería que nos fuésemos lo antes posible al hotel en el que estábamos alojados, para prepararnos para el asalto al cementerio. Pagamos la cuenta y tomamos las exhaustivas medidas de siempre, para asegurarnos de no ser seguidos aunque llevar con nosotros a una chica joven y asiática vestida de hombre, aun aquí en París, no es que ayudase mucho a ocultarnos. Ella no dejaba de disculparse constantemente por ello y el profesor le sonreía con afecto cada vez que lo hacía.

Estábamos bastante seguros de que no nos habían seguido pero cualquier cosa era posible en este infausto día.

Ya en el modesto hotel en el que habíamos alquilados las tres habitaciones, cada uno hizo acopio de lo que necesitaría para el asalto al cementerio. Siempre viajábamos con poco equipaje personal pero bastante bien pertrechados, con toda suerte de armas para pelear, lo que hiciese falta pelear.

Éramos una “alegre” banda suicida, en pos de la redención o de la caída al más

profundo abismo.

Cuando estuvimos aseados, preparados y descansados, nos reunimos en la *suite* del Profesor. Fuimos para discutir los últimos retoques del plan de asalto, mientras dábamos cuenta de una copiosa comida que Jean-Luc había pedido, sabedor ya de nuestros gustos.

—Resumiendo... —dijo el Profesor tras la excelente comida. —Entraremos con la comitiva de un entierro programado para las seis de la tarde. Está claro que es una trampa pero de todas formas iremos. —sonrió con un punto siniestro en los labios. —La duración del sepelio, no nos cubrirá hasta la hora del evento así que esperad cualquier cosa. ¡Llevad toda la munición extra que podáis! Hasta el momento de la refriega, sugiero calma, ya que en ningún registro local hay información de que los Beaumont, estén enterrados en el *Cimetière du Nord*. Se supone que tienen un panteón privado cerca de su *château* (castillo) en las afueras de París. Obviamente esto falso, pues yo lo vi en la mente del hechicero más no su ubicación. El problema es que el cementerio es enorme y esta atestado de tumbas. —dijo apesadumbrado. —Cuando acabe la homilía tendremos que movernos rápido, localizar la tumba y muy posiblemente, abrirnos paso por las bravas. ¡Cuando llegue el momento, tengo algo muy especial para la ocasión! —exclamo con una sonrisa muy peligrosa.

—O sea que vamos a un lugar con una única entrada, donde sabemos que nuestros enemigos saben que vamos. Encima al menos uno de ellos es un hábil hechicero. Por no hablar de que no tenemos ni idea de donde está el mausoleo que buscamos mientras damos de tortas, a todo el que se ponga de por medio... ¡Esto no es un plan...! ¡Es un suicidio! —dijo Jean-Luc con una falsa preocupación pues le brillaban los ojos de entusiasmo mientras sonreía.

—Y sin saber cuál es el número de nuestros enemigos... —Apostillo Mei Ling con un tono inquietantemente interesado.

—Ni quien es la joven del sacrificio... —dije yo en el mismo tono. —¡Me ha convencido Profesor! ¡Me apunto! —exclame sonriendo con ganas de acción como los demás.

—Estamos todos locos. ¿Lo saben, no? —rio el Profesor.

—Y yo además lo estoy oficialmente diagnosticado... —comente para rematar la situación.

Todos reímos de buena gana aunque en el fondo, estábamos muertos de miedo. ¿Quién en su sano juicio no lo estaría?

Pasaron las horas más lentamente de lo que uno querría y no paraba de darle vueltas a la cabeza a algo, mientras llegaba el momento de partir. No me podía creer que fuese yo el que decía esas cosas en la conversación del almuerzo. Es decir, siempre he tenido una vena belicosa bien guardada bajo la llave emocional de la educación, pero nunca había sido pendenciero por el placer de serlo. Quería convencerme de lo contrario, más desde que Rosalie se me fue y tras nuestra posterior derrota en China, constate que algo de mí se había ido con ella. Había reducido el mundo al blanco y negro, cuando en mi corazón sabía que la vida era de una inmensa variedad de colores.

Que sea yo la persona que ansía entrar en combate, hace que no me reconozca.

Que sea yo el que ahora mismo está ajustando mis espadas cortas en la espalda con un desapasionamiento que contrasta con las ganas de cercenarle la garganta al hechicero y todos los de su ralea, hace que en parte sienta vergüenza de mí mismo

pero a la vez, mi lado salvaje brinca de entusiasmo.

Yo que siempre me atuve a mis principios para salir victorioso, me había vuelto lo que más odiaba aunque intentaba convencerme de que era por un bien mayor. Quería creerlo con todas mis fuerzas pero el rostro afable de mi mentor, volvía a mi cabeza sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

¿Se sentiría decepcionado? Estoy convencido de ello.

—Puede que ya sea tarde para mí pero no lo es para mí Rosalie. Aún no. —dije a solas en mi habitación, antes de volver a la del profesor donde ya me esperaban todos.

—¡James, deberías ver esto, amigo mío...! —dijo Jean-Luc nada más verme entrar, sacándome de mis sombríos pensamientos.

Parecía estar concentrado mientras miraba con sumo cuidado por la ventana y aunque al hablar sonaba como: “¡Games, debegias veg egsto, mon ami...!”. —A mí me gustaba ese acento francés y me caía bien quien lo pronunciaba aunque no el tono en el que lo decía.

—¿Que he de ver? —dije acercándome a las floridas cortinas de la habitación del hotel con el mismo cuidado.

—Observa a esos dos hombres leyendo el periódico al otro lado de la calle...

—Sí. Ya los veo pero no hay nada que destacar. No llevan ropajes caros pero tampoco van mal vestidos. Parecen ser un par de tipos la mar de vulgares. No veo que... ¡Joder! —exclamé.

Buscaba detalles tan nimios que no reparé en que no eran los espías más inteligentes del mundo, los que nos habían enviado para controlarnos. Uno de los muy inútiles tenía en sus manos un periódico..., al revés. —Si es que sabía leer—, mientras que de tanto en tanto, ambos lanzaban miradas furtivas a nuestras ventanas de lo más torpes. Además los dos estaban armados como demostraban los bultos en sus chaquetas y uno de ellos, tenía una curiosa marca en la mano derecha.

De repente recordé que ya la había visto en alguien que capture en China, cuando huía de aquel pueblo el año pasado. Me resultó curioso.

—¡Exacto! —dijo Jean-Luc con aprobación. —¡Profesor! Los tenemos encima así va siendo hora de largarse. Debieron seguirnos esta mañana al salir de *Montmartre* a pesar de nuestra cautela.

—Bien. Bajemos hasta las cocinas del hotel y salgamos por el callejón de atrás. Mei Ling por favor, deje de tocarse el bigote. Le queda muy bien..., para ser mujer. —comento sarcásticamente el Profesor.

—No sé cómo los hombres pueden llevar esto. Con lo incomodo que es para mí siendo falso, no me ni puedo imaginar cómo puede ser llevar un verdadero. —dijo molesta Mei Ling.

—Te acostumbras cielo..., te acostumbras. —respondí yo en un tono aún más sarcástico que el del Profesor recogiendo los pertrechos.

A pesar de la mirada reprobatoria de Mei Ling, bajamos rápidamente hasta las cocinas, con la fluidez de un gran equipo de personas que funcionan muy bien juntas. Al salir al callejón donde recibían los alimentos para la cocina del hotel, nos estaba esperando un coche con el motor encendido y un conductor que no parecía sorprendido de vernos. Como tampoco que subíamos al coche un par de maletas negras pesadas y que nos costaba sentarnos correctamente en los asientos, por la cantidad de útiles que ocultábamos bajo la ropa. Ni siquiera se fijó en los rasgos asiáticos de Mei, lo cual sí que era extraño, dado que era en lo primero en que se fijaban todos. Literalmente no parecía vernos.

—Tranquilos. —dijo el profesor como leyéndome la mente. —Nuestro amigo conductor

está en una especie de trance. Hará bien su papel pero no oír nada de lo hablemos, ni se acordara de nada, una vez termine su cometido. Dará una vuelta considerable para ver si nos siguen y así evitar ataques antes de llegar nuestro destino. Solo después de asegurarnos, nos llevara hasta la puerta del cementerio aunque tendremos que parar para soltar el plan B. —dijo tocando levemente una de las maletas negras.

A una orden mental del profesor el conductor se puso en marcha y para estar en trance, conducía excelentemente por las atestadas calles de París. Lo más desasosegante es que nadie pareció seguirnos o a lo mejor es que estos eran buenos ocultándose y no podíamos verlos. Supongo que estábamos bastante paranoicos y además nos corroían las ganas de entrar en acción, para no tener que pensar en nuestras propias emociones. Todos salvo el viejo Profesor que apoyado en su paraguas (que le hacía de bastón), se mantenía impertérrito ante las revueltas emociones de los que le rodeaban. Estaba profundamente concentrado.

El del trance, claro está, no contaba en el cómputo final.

Tras varias idas y venidas, circulábamos ya por la calle *Caulaincourt* que iba hacia nuestro infausto destino. Al fondo aparecía el puente que cruzaba justo por encima de la parte sur del viejo cementerio y que estaba construido totalmente de hierro pintado de color azul. Según me había contado Jean-Luc, este bello y macizo puente fue construido hacia el 1888. Me comento que se apoyaba en unas curiosas columnas de estilo griego y que estaban pintadas igual que el resto del puente.

Cuando llegamos al lugar, una lluvia pesada y gruesa, comenzó a golpetear el techo del coche con bastante estruendo. Dado que estábamos en octubre y que todos los árboles que había en el cementerio de *Montmartre*, tales como arces, castaños, tilos o tuyas, eran de hoja caduca, estaríamos expuestos a ojos indiscretos.

Parecía ser que la Diosa Fortuna nos era favorable ya que nos iba a ocultar con una densa cortina de agua y así podríamos dejar el plan B en un lugar estratégico sin ser vistos.

Las pesadas maletas contenían lo necesario para que en caso de que todo saliese mal en esta locura de plan, pudiésemos tener un mínimo de garantía de sobrevivir. El resto lo llevábamos con nosotros guardados hasta en sitios que no comentare, por si hay damas delante.

El conductor paro sin una orden verbalizada, en el mismo borde de la esquina del puente que estaba protegida con un muro de piedra no demasiado alto. Entonces salí del coche hacia el muro, cargado con las dos reforzadas maletas lo más rápido que pude y las lance por encima.

Rece por que no hubiera un gendarme cerca.

Con gruesos guantes puestos, deje que se desenrollaran las cuerdas a las que estaban atadas las maletas, controlando su caída hasta que note que habían tocado suelo. Luego tire las cuerdas sobre el muro y volví a subirme con premura al coche.

Estoy seguro de que si alguno de los adeptos del Durmiente estuviese de centinela dentro del cementerio y rondase la zona, le habría costado ver algo dada la cantidad de agua que estaba cayendo. Tampoco creo que habría oído chocar las maletas contra el suelo por el mismo motivo. Estarían seguras detrás de alguna de las tumbas de la zona o al menos quería creerlo.

El coche continuo la marcha sin prisa alguna como si el destino de toda la raza humana, no le importase al conductor lo más mínimo. De hecho, estaba seguro de que no le importaba.

Cruzamos el puente y continuamos con tranquilidad hasta toparnos con el *Boulevard du Clichy*. Solo entonces me di cuenta de que ya formábamos parte de la comitiva que escoltaba al difunto y que iban a enterrar hoy en el *Cimetière du Nord*.

El profesor nos comentó brevemente que el fallecido, era un rico comerciante francés que había sabido ganarse a base de sobornos, su entrada en tan atestado y digno camposanto. Aunque al parecer no tuvo la suficiente influencia como para que le hicieran entrar por *la porte* (puerta) *Joseph de Maistre* que era la más grande y ostentosa. Por lo visto eso no le sorprendió, dado que solo se abría el día de todos los santos o para un personaje de mucha más relevancia.

El Profesor también nos indicó que si alguien preguntaba, debíamos dejar que hablara Jean-Luc haciendo el papel de su intérprete o si hablaban nuestro idioma, contestar que éramos de la rama norteamericana de la familia y que hacía mucho que no veíamos al finado. Mei Ling no debía decir nada de nada y agachar la cabeza, si queríamos al menos entrar al lugar.

Desesperantemente lentos continuamos hacia la izquierda por el *Boulevard* y al poco volvimos a torcer a la izquierda, esta vez para entrar en la *Avenue Rachel*. Esta estrecha avenida de doble carril, rodeada de edificios altos, no tenía salida en el otro extremo pero sí que acababa en una pequeña rotonda en la que los familiares podían bajarse de los coches, para poder acceder al cementerio. Luego los vehículos dando la vuelta podían volver a salir por el mismo sitio.

La entrada en si era pequeña y sosa comparada con la turbia belleza que guardaban sus muros y justo tras las puertas, había una garita con una valla alzable roja y blanca, custodiada por un par de guardias bastante aburridos. Estos tenían levantada la valla, para no tener que salir y mojarse con toda la lluvia que caía a plomo.

La avenida continuaba dentro del cementerio, aunque que solo para que los coches fúnebres pudieran entregar su carga de muerte en el interior.

En la entrada y en un ambiente de supuesta sobriedad, ya había congregadas numerosas personas y estaban elegantemente ataviadas para la ocasión. Casi todos vestían de un omnipresente negro y cuchicheaban más ocupados en escrutar a los vivos que de sentir pena por el muerto.

Nuestro cochero con diligencia nos acercó hasta la entrada. Se paró en mitad de la rotonda frente a la garita y todos nos bajamos e intentamos mezclarnos con las personas allí reunidas en la acera. La lluvia continuaba arreciando y los presentes se protegían de ella como podían, con sus gruesos abrigos y sus grandes paraguas negros.

Tal y como pensamos se nos hicieron preguntas y nuestro magnifico traductor, respondió amablemente a todas ellas entre miradas de pánico por su altura. Estaba claro que les aturdía que alguien tan enorme y que destacaba por su buen vestir (amen de por su musculatura), contrastase tanto con su habilidad verbal y su delicadeza en el trato.

Era muy divertido observar sus caras.

Incluso una dama de alta alcurnia, tuvo el atrevimiento de cogerse del brazo de Jean para ver si realmente era tan fuerte como parecía. Este se deshizo de ella con tan exagerada amabilidad, que el que fuese mínimamente inteligente, se habría dado cuenta que equivalía a una guantada sin manos. Para el que no, seguro que estaría ocupado intentando contarse los dedos de la mano.

En ese momento el chofer arranco el motor del coche que nos había traído y le vi

marcharse no sin cierta nostalgia. Toda nuestra escasa seguridad se iba con él y le iba a echar de menos aunque no hubiésemos congeniado.

Al poco una señora mayor salió del grupo y se dirigió a nosotros con resolución. Lucía un llamativo traje floreado de hermosos colores bajo un abrigo blanco como la nieve y caminaba con una energía impropia en una mujer de su edad. Se protegía de la lluvia con un paraguas enorme, con colores aún más estridentes que su floreado conjunto, que lanzaba un mensaje con cada paso que daba. Todo en ella decía con claridad, que no le importaba lo más mínimo lo que pensasen los demás de su forma de ser, vestir o vivir la vida.

De forma decidida se acercó al Profesor y se lo llevo a un lugar a parte y por cuestiones de seguridad, me fui acercando a ellos discretamente. Necesitaba oír lo que decían por si los problemas iban a empezar antes de lo esperado.

Ese pensamiento y otros más turbios, me tenían los nervios desquiciados.

—¡Querido Profesor! —dijo seria la anciana de ojos divertidos pero de pétreo rostro. —Qué alegría tenerle con nosotros aunque sea en momentos tan sombríos como estos.

La alegría no se veía por ninguna parte bajo la intensa lluvia, pero la señora puso especial énfasis en que la oyeran para certificar la familiaridad entre ellos dos.

—¡Querida Pauline! —respondió el Profesor cogiéndole la mano a la anciana, para hacer gala de la misma ostentación. —Mi más sincero pésame por tu perdida. Fue un hombre notable, sin duda alguna. —dijo abrazándola con afecto.

La anciana se quedó cerca tras el abrazo y le hablo al Profesor Haven en un tono muy diferente y mucho más bajo, para que solo pudiéramos escucharla nosotros dos.

—¡Ernest, su gente y usted, están en grave peligro de muerte! —dijo con preocupación sincera. —No sé cuántos en esta comitiva pertenecen a esa secta loca en la que andaba metido mi hermano. Lo que si se, es que veo gente que no conozco y que no han sido invitados al entierro. ¿Me permitirá ayudarles? Puede que no pueda hacer mucho pero si se quedan cerca de mí, le indicare que personas no son de mi círculo. —dijo con decisión. —Mi hermano no era un gran hombre y a veces me sacaba de quicio, pero no se merecía que lo sacrificasen como a un cerdo...

—Señora..., ya sabía que podía contar con usted cuando hablamos esta mañana. Gracias por retrasar el entierro hoy, amiga mía. —agradeció el Profesor con verdadero afecto. —Pero tengo que advertirle que lo que ocurrirá esta tarde, va más allá de las simples maquinaciones de unos locos. No puedo garantizar su seguridad ya que es posible nadie salga de aquí con vida. Solo puedo decir que lo que está en juego, es más grande que todos nosotros y que los míos, están preparados para dar la vida por conseguir detenerlo.

—¡Perfecto! Si hay que morir, al menos que sea por una causa decente. —dijo la anciana con una determinación sorprendente. —Por cierto... ¡He conseguido encontrarla! —exclamó sin poder contener el entusiasmo. —Como usted pensó, dada nuestra fortuna, mi hermano había alcanzado un alto rango dentro de esa secta antes de que algún envidioso lo matase. Como predijo, se le encomendaron tareas importantes. —comento acariciándole el pelo al Profesor para que pareciera que se encontraba con un querido familiar.

—¿Encontró algo verdad querida? —pregunto este con falsa tristeza.

—Así es. Entre los papeles de mi hermano había algo inusual. —dijo Pauline con picardía mal contenida. —Tenía una notificación de su notario por la compra de una propiedad en Alemania. ¿Se lo puede creer? Es una finca cerca del bosque negro, en la que no hay nada más que una mansión muy vieja y bosque. ¡Kilómetros de bosque

alrededor! —asevero la anciana. —No sé para qué demonios querría tener mi hermano una finca allí. Está claro que ahí es donde la retienen. Estoy segura.

—No se puede hacer una idea de lo maravillosa que es esa noticia. Acaba de darnos la única posibilidad real, de salir con bien de esta. —comento con los ojos casi llorosos el Profesor. —Permítame por favor que entre en su mente y pueda ver todo lo que encontró para hallar el modo de liberarla. —dijo apremiante el Profesor.

Ambos se cogieron las manos e irónicamente para el resto de los presentes, pareció que estaban rezando juntos por el alma del muerto. Cuando hubo terminado, siguió dándole instrucciones a aquella magnífica señora.

—Pauline... necesitare que ande a mi lado hasta el lugar del entierro pero sin tocarme. También me hará falta que me hable durante todo el camino de cualquier cosa que estime pertinente mientras yo la rastreo. —dijo el Profesor. —Es usted una persona increíble querida y si me permite el atrevimiento, me hubiera encantado conocerla en otras circunstancias...

Ella sonrió de tal forma que pareció que era la única luz que brillaba entre el gris de la lluvia.

—Bien amigo mío, ande al lado de esta pobre vieja y encabecemos al grupo detrás del coche mortuorio. ¡Se van a enterar esos cabrones! —dijo con decisión Puline.

Me encantan las mujeres que saben sacarme una sonrisa y soltar tacos en el momento preciso.

El profesor siempre conseguía sorprenderme con sus recursos. No tenía ni idea de en qué momento se había reunido con aquella señora. Hasta donde yo sé, había estado con nosotros todo el tiempo así que seguro que era alguno de sus trucos de hechicero. Era fascinante ver que tenía tantos recursos y que los usaba continuamente sin que nos diésemos cuenta. Incluso verle coquetear me había dejado mudo, ya que nunca le había visto hacerlo con anterioridad.

Entonces y con una cadencia con la que podríamos aburrir hasta a las tortugas de Charles Darwin, fuimos adentrándonos en el viejo cementerio. El grupo se mantenía unido rodeando al profesor y a la hermana del difunto y de algún modo, me recordó que parecíamos una isla rodeada de tiburones hambrientos.

¿Cuántos de ellos saldrían huyendo? ¿Cuántos atacarían?

Escrutaba cuanto podía sin ser demasiado descarado, sus rostros bajo la ominosa lluvia. Buscaba la más mínima pista que pudiera decirme que esperar, dado que adentrarme voluntariamente en una trampa, no es una de mis aficiones favoritas. Mis compañeros parecían estar tan tensos como las cuerdas de un laúd y cualquier movimiento extraño o ruido inesperado, les hacía saltar al instante aunque trataban de disimularlo.

La asfixiante sensación de estar siendo acechados bajo la lluvia, se estaba volviendo casi intolerable de soportar.

Estábamos rodeados a derecha e izquierda del camino, por un abigarrado y heterodoxo compendio de tumbas, altares, mini mausoleos, lapidas, etc... Algunas eran diminutas inscripciones en el suelo y otras, eran altas y ostentosas imitaciones de iglesias famosas a escala. También había reproducciones de monumentos antiguos tales como el Partenon, obeliscos egipcios y otras de formas muy curiosas. Algunas eran tan raras que no me hubiera extrañado, que se les hubiese colado una dedicada a cierto Dios Primigenio. De existir y conociendo al malnacido, estoy seguro que estaría a simple vista. Los megalómanos son así...

Todas estas tumbas se peleaban en un silencioso forcejeo por cada milímetro de espacio disponible y poco les importaban los vivos que lentamente, discurrían frente a ellas. Para nosotros esas malditas tumbas eran una pesadilla táctica, ya que podría haber un enemigo acechando, a saber Dios, tras cuántas de ellas.

Si ya estábamos tensos, cuando comenzamos a andar bajo el puente azul de hierro —por el cual habíamos circulado por encima hacia un rato—, toda esa tensión se solidificó, al pasar del gris plomizo de la lluvia a lo decididamente oscuro bajo del puente. Más y más tumbas con formas de iglesias coronadas de cruces de un par de metros de altura se alzaban cercanas. Algunas selladas en piedra, otras con puertas de madera lujosas y otras con verjas de hierro forjado en extrañas formas y todas, muy pero que muy viejas.

No parábamos de mirarnos Jean-Luc, Mei Ling y yo, con el pánico reflejado en los ojos y las mandíbulas tensas por la situación. Mientras, Ernest y Puline que iban justo delante de nosotros, charlaban animadamente como si todo aquello no fuese con ellos. Supongo que hay muchas formas de sobrellevar la tensión pero esa no me parecía nada aceptable.

¿Sería aquí cuando atacasen? —pensaba crispado.

El sitio era propicio desde luego porque estamos en un cuello de botella y habría poco espacio para la lucha física pero tendrían ventaja táctica con armas de fuego. Tan solo el saber que el profesor Haven tenía algo preparado y el extraño confort de mis frías espadas cortas en la espalda, mis pistolas en la cintura, mis puñales y mi munición extra, hacían que me sintiera mínimamente seguro.

Al fin salimos de debajo del puente y respire profundamente porque al parecer, me había olvidado de hacerlo. Volvimos a la pertinaz lluvia gris y entramos en una plaza circular bastante amplia que al estar vacía, de los paseantes habituales, nos hacía sentir como intrusos. Como si los muertos allí enterrados, estuviesen enfadados por la presencia de gente que no conocían.

El coche fúnebre continuó dando la curva de la rotonda, con la parsimonia requerida para la ocasión así que pude observar bien, el sitio en el que íbamos a tener el problema más grave en el que nos habíamos metido nunca.

La plaza circular tenía en el centro un montículo de césped bien cuidado y circunvalado por diversas flores de diferentes colores, ahora chorreantes y estropeadas. En el centro había una columna de hierro negro y sobre ella, una escultura en piedra de una vasija antigua que le confería el aire solemne que requería el lugar. El suelo estaba perfectamente adoquinado y había bancos donde sentarse alrededor de la pequeña plaza pero ahora estaban, claro está, vacíos y totalmente empapados.

Todo olía a humedad y a un leve aroma a podredumbre, acompañado de la sensación de una perezosa decadencia. Los árboles tristes y desnudos parecían querer huir, de las terribles fuerzas que allí se están convocando pero como nosotros, están atrapados en aquel maldito lugar.

Me había aprendido de memoria las calles principales y la forma del cementerio para no perderme dado lo grande que era. Por eso mi vista, se desvió casi inconscientemente al fondo a la derecha donde una calle pavimentada, la *Avenue Dubuisson*, llevaba cerca del extremo del puente de *Caulaincourt*. Allí es donde habría caído el plan B y que usaríamos solo si las cosas acaban poniéndose excesivamente feas. Estaban allí y no en otro lugar porque un poco más al fondo, había otra puerta del cementerio que podíamos volar si era preciso para huir. La famosa puerta *Joseph de Maistre*.

Ya me imaginaba los titulares en el caso de que eso ocurriese. El problema es que

también me imaginaba que si llegase a ocurrir, probablemente alguno de nosotros estaría gravemente herido y eso no me gustaría nada. De todas formas, el desánimo se cebó conmigo al divisar la gran cantidad de tumbas que también había en aquella zona. Iba a ser harto difícil encontrar las malditas maletas aunque por lo menos estarían bien ocultas. Algo es algo.

El cementerio no era plano como en el mapa que nos dibujó el Profesor Haven y del que todos teníamos una tosca copia en el bolsillo. Justo enfrente, había un muro alto con varias escaleras de acceso a la parte superior donde como no, había otra cantidad indefinida de tumbas. Inmediatamente a la izquierda del desnivel, había una calle de tierra apisonada recta y que se adentraba en el camposanto hasta el fondo. Esa era la *Avenue de la Croix* era por donde iríamos hasta la tumba del finado siguiendo al cansino coche fúnebre.

La señora Pauline-Dafnée Didiane Marchand Deveraux, como se llamaba, parecía estar entretenida contándole al Profesor los personajes famosos que allí estaban enterrados mientras que él, parecía totalmente ausente bajo el paraguas de ella.

Que si el famoso escritor Stendhal estaba enterrado al principio de la *Avenue de la Croix* por la que íbamos; que si Alexandre Dumas hijo, reposaba sus restos en algún lugar del fondo o Edgar Degas, famoso pintor y escultor también estaba enterrado allí; que la famosa cantante Dalida tenía una tumba con su propia efigie para que todos recordaran por siempre su belleza egipcia; que Hector Berlioz, el compositor o el famoso escritor, Émile Zola, tenían sus tumbas allí aunque no así los restos físicos de este último, que reposaban en el Panthéon donde fueron trasladados en 1908...

La retahíla de muertos insignes continuaba en la charla de la señora Pauline que de tanto en tanto, le hacía señas al Profesor Haven con la cabeza. Así le indicaba cuales personas les eran ajenas en la comitiva, cuando de pronto, creí ver movimiento detrás de una tumba. Crispado, intente acercarme profesor pero me percaté de que él también lo había visto o sentido.

Como volviendo de muy lejos, me hizo un leve movimiento de negación con el dedo de su mano pegada al costado.

Ya sabía a ciencia cierta que tenían gente apostada, por lo que se lo comuniqué con la mirada a Jean y a Mei. Lo malo, es que no sabía ni cuanta, ni donde exactamente.

Al fin en lo que pareció una eternidad, el transporte del muerto se detuvo algo adelantado del lugar en el que iban a quedar depositados los restos del difunto. La tumba era tan estrambótica como el resto que la rodeaba (aunque con algo más de estilo), era grande, realizada en piedra blanca y tenía la forma de la cúpula de la iglesia del Sagrado Corazón cuyo original, no se situaba excesivamente lejos del cementerio en el barrio de *Montmartre*.

Varios hombres estaban esperando frente a la puerta así como el cura que iba a officiar el entierro. Uno de los hombres del cementerio, abrió la enorme puerta de la mini *Sacreé Coeur* y se adentró en ella para prepararlo todo mientras el cura, comenzaba con su retahíla de alabanzas dedicadas al muerto. Un joven monaguillo de aspecto aburrido, le sostenía un paraguas para que no se mojase con la cantidad de agua que caía.

Estaba tan concentrado revisando los alrededores de posibles ataques y a los que venían en la comitiva, que no me había fijado en los pequeños detalles cercanos. Por eso cuando vi a la señora Pauline intentar coger la mano del profesor para sentirse confortada y traspasarle al intentarlo, me quede con la misma cara de estupor que ella. En ese momento sonó un disparo que estaba claro, que iba dirigido al viejo Profesor y

que atravesó la cabeza de la pobre señora Pauline. Esta se había movido por la sorpresa de no haber sentido su tacto y se había girado para mirarle asombrada, por lo que recibió esa bala que no iba destinada a ella.

Su cabeza emitió un chorro de sangre considerable y el impulso de su cuerpo por la bala, la precipitó hacia él y entonces lo atravesó limpiamente, como cuando le había tocado la mano hacia un instante. Por lo visto el profesor no estaba allí. Tan solo estaba su imagen.

La pobre señora cayó justo encima de mí, llenando mi cara de sangre que se fue diluyendo con la lluvia, porque solté el paraguas mientras dejaba con poca delicadeza su cadáver en el suelo. No tuve tiempo ni de sentirlo demasiado por ella.

—¡Tras el coche fúnebre! —grite a Jean y Mei.

Nuestro profesor Haven se quedó impávido. Estaba mirando a la pobre Pauline en el suelo mientras la lluvia traspasaba su cuerpo y lentamente, su cabeza giro en la dirección de dónde provino el disparo.

Mientras tanto, la gente de la comitiva gritaba. El caos tomo las riendas de la situación y todos, se pusieron a correr en todas direcciones despavoridos.

Pareció que la ira traspaso durante un par de segundos el rostro ajado del Profesor mientras buscaba una energía en concreto. Levanto una mano, cerró el puño con fuerza y un instante después, al fondo tras una tumba, se oyó otro disparo. Este pareció ir al aire y luego también se oyó un grito de agonía y sorpresa.

A continuación, solo se oyó el ruido de la pesada lluvia.

—Uno menos. —dijo con rabia rompiendo el silencio. —Tapaos los oídos. Voy a lanzar un hechizo y puede ser muy molesto. —dijo el profesor con determinación.

Levanto los puños en alto con fuerza y con un esfuerzo considerable pintado en el rostro, se agacho y golpeo con ellos el suelo.

No hizo sonido alguno.

Ni siquiera los adoquines del pavimento, se preguntaron si había ocurrido algo pero para el resto de nosotros, sí que ocurrió. Notamos como una onda de energía de forma concéntrica, salía rauda en todas direcciones de la luz que se escapaba de los puños del profesor y notamos una presión en los oídos bastante molesta. Creció hasta dispersarse en todas direcciones muy lejos lo cual, tuvo un efecto curioso sobre la gente que seguía a la comitiva del muerto. Fue como si entraran en un trance y todos se dirigieron a paso ligero hacia la salida del lugar. Era como si de pronto, no hubiera nada más importante que ir a casa y no salir de ella el resto de sus vidas.

El cura, el monaguillo, sus ayudantes y varios hombres de la comitiva, no entraron en ningún tipo de trance. En vez de eso atacaron con furia.

No es que fuese una sorpresa pero ya era hora de vernos las caras y de medir las fuerzas.

—¡Bien, vejestorio! Conseguiste pillarme con la guardia baja anoche. ¡No se repetirá!

—rio el hechicero con desprecio, disfrazado de cura. —Eres demasiado débil para enfrentarte a mí. Si hubiera sido tu maestra sería otra cosa pero tú...

—¡Malnacido! —grito el profesor. —¿Cuántos inocentes deberán morir en este sin sentido? ¡Prepárate porque eres al único que matare con gusto! —exclamo escupiendo cada palabra por la ira.

En ese instante su figura reverbero y desapareció mientras que al fondo, al principio de

la calle por la que habíamos entrado, apareció el coche que nos había traído al cementerio. Paro allí tapándola, pero tras dejar pasar al último de los allegados del muerto y que andaban de manera mecánica.

Me pregunto si habría alguno salvo su hermana que sintiese algo de pena por él. Sea como fuere, el desdichado, no tendría sepultura de momento y su hermana, tendría que ser enterrada con él.

El profesor Haven salió del coche con la ira más espantosa reflejada en el rostro.

—¡A por ellos! —grite yo sacando mis pistolas y comenzando a disparar a los secuaces del brujo. Jean-Luc se levantó y ataco a los dos sectarios más cercanos agarrándolos del cuello y estampándolos de un solo golpe el uno contra el otro.

Nos dimos cuenta enseguida de que parecían estar en otro mundo porque tenían los ojos de un blanco lechoso de lo más antinatural. Eso desde luego, no les impedía luchar como locos y lo demostraban atacando a los míos con saña.

Mei Ling había sacado su espada y estaba dando tajos a diestro y siniestro mientras que el falso cura, retrocedía para quitarse de en medio, con el monaguillo protegiéndole de la lluvia. Este no paraba de dar órdenes y de anteponer más y más acólitos, que salían de detrás de las tumbas entre él y nosotros para atacarnos.

Estos nuevos poseídos no se parecían a los que acompañaban al falso cura y de los cuales ya habíamos dado cuenta. Los que ahora se acercaban prestos al ataque, tenían rostros enfermizos con barbas de muchos días e iban vestidos con batas de enfermos de hospital.

Tenían la cabeza totalmente ida pero portaban armas de fuego prestas para disparar.

Entonces el Profesor que caminaba cadenciosamente al fondo, levanto una mano y con un leve gesto, se las arrebató y las lanzo muy lejos. Uno de esos locos recién salido de detrás de una tumba cercana se le acercó demasiado y el Profesor, lo elevó un par de metros en el aire con un solo gesto de su mano.

Mientras este pataleaba y se agarraba el cuello como si una mano invisible le apretase, sonaban disparos de algunos sectarios ocultos tras otras tumbas. Nosotros nos escondimos tras el coche fúnebre por precaución pero esas balas no iban a por nosotros.

Iban dirigidas al Profesor y curiosamente, parecían salir desviadas como si no tuviesen ganas de dar en el blanco.

El tipo al que tenía retenido el Profesor y que flotaba a un par de metros de altura, decidió que al no poder conseguir su objetivo, no servía de nada a su Dios así que se puso la pistola en la sien y disparo.

Mei, Jean y yo, nos quedamos estupefactos. Nunca habíamos visto algo así antes.

El hombre flotante quedo flácido y un momento después, el Profesor se lo lanzo a toda velocidad al falso cura. Intento que pareciera que era por pura rabia desatada pero yo sabía que era un ardid. Intentaba desorientarle y que este dejase de controlar a los que nos atacaban.

El hechicero, no obstante, divertido, hizo un gesto indolente con una mano y corto limpiamente el cadáver por la mitad, momentos antes de que se le acercara. Las dos mitades rebotaron en las tumbas que había detrás de él, con un asqueroso golpe sordo y poniéndolo todo perdido de sangre.

Cada vez más atacantes de los que había en el camino, eran elevados sobre el suelo para que no nos hiciesen daño a nosotros y muchos de ellos, se suicidaban al instante. A otros, el profesor los lanzaba lejos o les rompía alguna pierna para que no pudiesen volver a la lucha. Muchos sin venir a cuento, les daban extraños ataques de locura

antes de que el Profesor les apresase y estrellaban sus cabezas contra las lapidas más cercanas.

Al menos una veintena de ellos fueron lanzados lejos para evitar males mayores pero el muy sádico del hechicero, los castigaba haciendo que se suicidasen si huían e incluso a alguno, le exploto la cabeza regando varias tumbas con una desagradable pasta de materia gris y sangre.

El espectáculo era dantesco.

Como si de la llegada del Armagedón se tratase, todos los atacantes iban muriendo al paso del Profesor y no porque este pretendiese hacerles daño sino porque si estos no podían matarle, el brujo los castigaba con tal suerte. Con la locura más irreversible pintaba sus rostros al verse impelidos a actuar contra su naturaleza, muchos de ellos no podían soportarlo y morían antes incluso de hacer nada. A otros no había ni que pedirselo. Atacaban sin piedad alguna.

El Profesor mantenía los ojos constantemente fijos en el falso cura lleno de furia por que no podía salvarlos mientras que el brujo, parecía disfrutar enormemente con lo que estaba pasando. Esto pareció enfurecer aún más al Profesor Haven que con una mano sostenía el paraguas y con la otra detenía a todos los que se acercaban dejando tras de sí, un inevitable reguero de cadáveres.

El brujo, le observaba con la arrogancia pintada en el rostro y tal vez ahora, con algo de respeto.

En un momento dado, el Profesor se paró en seco mientras cuatro tarados salieron de detrás de algunas tumbas. Dos salieron por su izquierda y los otros por la derecha para pillarlo desprevenido, enarbolando sus porras y navajas.

Estos o eran más tontos, o se creían mejores que todos los que habían fallado antes en su intento.

En un instante, el profesor alargó su mano izquierda y a un par de metros, detuvo a los dos posesos que corrían hacia él. También extendió el brazo derecho y con otro gesto, atrapo a los que atacaban por el lado contrario. El paraguas, se quedó perezosamente flotando en el aire frente al profesor, como si todo aquello no fuese con él.

—¿Por qué obligas a enfermos mentales a hacer tu trabajo sucio? ¡Suéltalos maldito hijo de puta! ¡Deja de matarlos! —grito el profesor totalmente hierático.

Jamás le habíamos visto así.

—Estos idiotas no significan nada, Ernest. Oh, sí... se tu nombre. El de pila al menos.

—dijo ante la sorpresa de mi amigo. —Ya deberías saberlo, solo son herramientas para un fin. El amo los necesita y yo los consigo. —rió condescendiente el hechicero.

Los pobres locos que sostenía el viejo Profesor en el aire, se cortaron el cuello o se aporrearon la cabeza al verse presos, y murieron entre convulsiones como los anteriores. Observando la sangre que se derramaba de sus cuerpos inertes, el Profesor pareció calcular algo. Inmediatamente después, lanzo los cuatro cuerpos contra su adversario y este, los despidió contra nosotros para intentar derribarnos.

Ya habíamos dado cuenta de sus secuaces más cercanos y seguro que pensó que podía derribarnos con ellos pero eso no ocurrió, porque estamos bien preparados para estas lides. Los esquivamos sin problema alguno.

Fue en ese momento cuando el hechicero, se dio cuenta de su error.

Junto a los cadáveres que el profesor le había lanzado, iba oculto un puñal y este

apareció ante el brujo tan rápido que no pudo defenderse. Todos nos quedamos sorprendidos al ver como el puñal atravesó limpiamente su cuerpo y se clavó con firmeza en una tumba tras él. Momento que el falso monaguillo aprovecho para huir despavorido y que corrió a toda prisa, para evitar ser capturado con un aspecto febril en su mirada. Se fue levantando la sotana y su roquete para no pisárselos en su huida y darse de bruces contra el suelo. Su paraguas, pareció quedarse triste allí abandonado.

Entonces la silueta del hechicero se desdibujó como si temblase y se rio justo antes de desaparecer dejándonos a solas, y rodeados de los cadáveres de esos pobres infelices.

—¡Bien...!—dijo el Profesor volviendo a coger su paraguas flotante como si nada raro hubiera pasado. —¡...hemos superado la primera oleada! Ese infecto brujo no ha dejado que esas pobres almas dejaran de atacar ni un segundo. Lo siento de veras pero... —enmudeció embargado por la tristeza

—Tranquilo, doy fe de que hizo lo que pudo. —dije mientras le ponía una mano conciliadora en el hombro.

—¡Lo sé, amigo mío! ¡Pero no hay tiempo para descansar! —exclamo abatido.

—Debéis saber que además de auxiliaros a vosotros, estoy ayudando a mi maestra a escapar de su cautiverio y resulta agotador.

—Entonces tendremos que protegerle muy bien para que pueda salvarla. —dije dándole ánimos.

—Vendrán más y aún no sabemos dónde está la tumba del conde. Lo bueno es que he sentido por donde se fue la sombra de ese cabrón... —comento. —Con un poco de suerte, puede la que encontremos rápidamente. —dijo el Profesor más repuesto.

—Estupendo. —dijo Mei. —Por qué no creo que nos quede demasiado tiempo.

—¡En marcha..., que hay un maldito evento que detener! —exclamo Jean con ira.

—Detesto el factor suerte pero vamos a hacer que esos bastardos, se arrepientan de haber nacido. —dije entre dientes y con el mismo ánimo.

## TERCER ACTO

**50 minutos antes del evento. 12 de Octubre del año de nuestro señor, 1924. París. Francia.**

Ayude al Profesor a andar lo más aprisa posible por la *Rue de Montmorency* del viejo cementerio de *Montmartre*. Mientras tanto, los negros nubarrones del cielo parecían alegres de haber cumplido una misión secreta y comenzaron a dispersarse con tranquilidad. La lluvia arrecio y dejó todo empapado con su frío manto por lo que el profesor tiro el paraguas. Era el único que iba medianamente seco del grupo.

El olor a tierra, piedra y madera mojada, penetraba por mi nariz para instalarse en mi cerebro con contundencia. Estos eran algunos de los olores que más me gustaban pero poco significaban ya para mí. No podía disfrutar de casi nada en esta vida salvo del placer de estropearle los planes a cierto Dios Primigenio.

Crispados y empapados, caminábamos cubriéndonos los unos a los otros y al Profesor. Dado que su doble misión era de vital importancia, teníamos que mantenerlo a salvo porque estaba claro, que si algo no podíamos permitirnos era perder al hechicero. Entonces la misión fracasaría y todos estaríamos muertos o algo peor.

Era evidente que nuestro enemigo había organizado todo esto con la intención de desgastarnos y llegar lo más tocados posibles al lugar del evento, retrasarnos para llegar tarde, o simplemente con la esperanza de que no llegásemos todos.

El tiempo, se nos estaba echando encima como una amante con falta de autoestima; inexorablemente angustiante pero sobre todo, molesta.

Oímos ruidos provenientes de la derecha, tras una gran tumba de forma ovoide y que tenía una curiosa corona en la parte superior. Era de color marrón rojizo y unas columnas negras en la entrada, le daban un aspecto desasosegante.

Jean-Luc apunto hacia allí con sus *Browning FN1910*, preparado para disparar.

Entonces oímos más ruidos pero esta vez por la parte izquierda del camino así que yo, apunte al lugar con mis Colt M1911 con presteza, haciendo lo propio. Mei sin embargo, cubría la espalda del profesor con su espada y estaba seguro de que dadas sus habilidades, podía defenderlo y detener balas si era preciso. No será una suposición, era una certeza; ya le había visto ejecutar tal proeza, en alguno de sus entrenamientos.

Cuando la habías visto hacer algunas de las cosas más increíbles que un humano puede hacer sin hechicería, detener balas con una espada, se convertía en algo corriente. ¿Es curioso, no?

No sé si ya lo he dicho antes pero detesto sentirme indefenso. No tener el control de las cosas se había vuelto una constante en mi vida aunque no por ello me agradaba lo más mínimo. Es más: ¡me ponía furioso!

Tal vez distraído por ese sentimiento, no vi venir la siguiente acción de esos despreciables malnacidos. El disparo vino de un lugar indeterminado justo cuando me estaba girando para apuntar en la dirección contraria y si no lo hubiese hecho, la bala habría impactado en la cabeza al Profesor. La maldita suerte de ser más alto, ya se sabe.

Supongo que a esos desalmados, les estaría cansando que la gente siempre estuviese

de por medio cuando intentaban matar a Ernest pero en cuanto a mí, ese hecho conllevaba cierto consuelo.

En el instante en que llegó la bala solo sentí el empuje, lo cual me hizo chocar contra el profesor que impávido, no perdió la concentración ni el equilibrio. Alzó una mano que salió bajo mi brazo, giro la muñeca en un instante y aunque ya estábamos acostumbrándonos al espeluznante sonido del crujir de un cuello roto, esta vez no vimos al desgraciado. Seguro que a ese chiflado no le estaba doliendo el hombro como si tuviera alojado en él un carbón ardiente y alguien lo estuviese retorciendo con unas tenazas, pero que me aspen si iba a quejarme... Yo aún estoy vivo.

—Tranquilo. Te pondré un parche que retrase la salida de la sangre el tiempo suficiente, espero... —dijo el Profesor poniendo las dos manos sobre la herida de bala.

—¿Se supone que nosotros le protegemos a usted, para que no tenga que gastar energías, Ernest! —exclame cabreado.

Era la primera vez desde que nos conocíamos en que le había llamado por su nombre de pila, ante lo cual sonrió. Murmuro unas palabras en alguna lengua más que muerta y al poco, el dolor disminuyó como si me hubieran puesto un tapón. Quedo apagado y sordo.

Estaba ahí pero no molestaba casi nada.

—¿No te preocupes James! —exclamó con una alegría insólita el Profesor. —A este viejo le quedan aún un par de envites y además pienso acabar con ese asesino. Lo mejor es que ya he encontrado a mi maestra y ahora solo me falta lo más difícil.

—¿Liberarla? —pregunte yo asombrado y moviendo el hombro para ver como respondía.

—¡Exacto amigo mío! —respondió sonriente el Profesor como si estuviese contando un chiste privado.

Ernest siempre había sido un misterio para mí. No tenía ni la menor idea, de lo que tenía de bueno haber encontrado a alguien que estaba presa en Alemania. De poco nos iba a servir estando tan lejos pero como no tenía tiempo para explicaciones, deje esos pensamientos a un lado.

—Entonces pongámonos en marcha por que el tiempo apremia y estoy más que harto de esos marcados. —dije casi escupiendo las palabras de rabia.

—¿Espera un momento...? ¿Que? ¡Repite eso! —exclamo el Profesor totalmente sorprendido.

—Que el tiempo...

—¡No, eso no, lo otro! Lo de que están marcados... —casi grito el Profesor agarrándome de la solapa del abrigo. —¿Qué es eso de que están marcados?

—Nada importante Profesor... —dije sorprendido por la vehemencia. —En China uno de los que huyo del pueblo, tenía un emblema quemado en la piel como por un hierro candente. —comente para complacerle. —Tenía la forma de una tosca cabeza de pulpo con tentáculos que salían de su boca y hoy cuando nos vigilaban en el hotel observe que uno de los tipos, tenía esa misma marca en el dorso de la mano. Debía de ser reciente porque se rascaba. Me resulto curioso pero no le di la mayor importancia...

—Sí, yo también lo vi Profesor. —comento Jean sin dejar de mirar las tumbas de su lado. —Las tenían algunos de los que iban con el falso cura pero volviendo a lo que importa..., deberíamos movernos lo más rápido posible. Aquí somos un blanco fácil.

—dijo Jean-Luc con la angustia reflejada en el rostro.

—Como habéis visto por sus escasos ropajes y batas... —comento muy serio el Profesor andando todos con fluidez y a la vez. —La primera oleada provenía de pacientes de manicomios. Eran unas pobres personas sin juicio pero está claro que no son los únicos. Ahora llegaron los que se han ofrecido al Durmiente y esos saben pelear pero gracias a ti, James, tenemos una oportunidad. Aprovechémosla.

No le di más vueltas al asunto porque el viejo Profesor era bueno en lo suyo y yo había aprendido a aceptar lo que decía aunque no tuviese ni idea de a qué se refería. Tan solo sabía que mi hombro no estaba al cien por cien porque tenía una bala dentro y que se avecinaban tortas.

Continuamos caminando hasta que encontramos un cruce y nos quedamos en mitad sin saber que hacer o donde ir, así que miramos al profesor.

—Esperad, tengo que intentar sentir al hechicero. —dijo. —Está muy cerca pero la sensación me llega distorsionada y no sé por qué.

El Profesor Haven se puso a dar vueltas con los ojos cerrados en el cruce de caminos en el que estábamos. Iba con las manos levantadas en una lenta procesión para detectar..., lo que sea que necesitase detectar así que le dejábamos espacio de maniobra y nos dedicamos a vigilar.

Mientras él se perdía en sus percepciones, contemplamos con aprensión que nos rodeaban una multitud de árboles negros y desnudos, cuyas ramas raquílicas se cernían sobre nosotros. Estos parecían observarnos amenazadores, con una muda advertencia de que el destino estaba a punto de alcanzarnos.

Por cierto los negros nubarrones del cielo que se fueron hacia un rato, habían vuelto a aparecer y parecían estar bastante molestos por meterles de nuevo en este lío. Tenían derecho a quejarse, si me pedís mi opinión.

En el último giro el Profesor, abrió los ojos y hablo de nuevo.

—¡Por allí...! —exclamo señalando con el brazo alzado la *Avenue Samson* a nuestra izquierda.

En ese instante, un barahúnda de griterío pareció surgir de todas partes y pensé que ya era hora porque me gusta ver contra quien peleo. El problema es que al ver cuanta gente se nos aproximaba, lo siguiente que pensé, es que más bien era nuestro fin.

Recordé con angustia que cualquiera que no concerniese a esta historia aunque hubiese oído los tiros, los gritos o visto los cadáveres volando y aun así estuviese lo suficientemente loco como para venir a ayudarnos, al entrar en el radio de acción del hechizo que el Profesor había lanzado, sentiría un urgente deseo de ir a casa, meterse en la cama bajo las sábanas y llorar como un bebe. Es curioso, el hechizo debía estar afectándome a mí también.

Venia gente gritando en tropel desde las cuatro direcciones que ya no se ocultaban y lo hacían en cantidades ingentes. Ya no había tácticas, tan solo la abrumadora superioridad numérica contra nosotros para matarnos antes de que llegase el evento y no sé si esto era una demostración de arrogancia, o de turbación ante nuestra resolución.

Los primeros en llegar al cruce, no parecían en absoluto desquiciados sino más bien decididos y todos estaban muy bien armados. Existía en sus rostros la clara resolución de quienes profesaban que sus creencias, son la única verdad por encima de todas las cosas.

Detesto a los fanáticos casi tanto como a los matones.

La única diferencia entre los primeros y los segundos, es que los primeros necesitaban inventarse una excusa para justificarse y eso los convertía también en unos hipócritas.

No podía creer la cantidad de gente que habían tenido escondida en las calles o tras las tumbas del cementerio. Nunca habíamos visto tantos seguidores del culto al Durmiente ni tan motivados. Por lo general, se limitaban a ser grupos pequeños que intentaban frenarnos sin mucho éxito. Tan solo los ardides de su amo conseguían llevarnos la delantera pero esto era otra cosa muy diferente porque no parecía gente ida. Sabían exactamente lo que estaban haciendo y aunque no estuviesen totalmente organizados, algunos tenían formación militar.

Y entonces disparamos...

¡Oh, Dios mío! ¡Cuanto disparamos!

Recargábamos y volvíamos a disparar sin parar para detener la oleada que se nos echaba encima. Ellos también lo hicieron pero nos protegía el Profesor así que las balas desviadas por todas partes, daban también a otros que llegaban corriendo para atacar. Los primeros caían entre gritos de agonía y los que les precedían, los pisaban sin conmiseración alguna porque solo tenían en mente defender a su Dios de la locura. El Profesor se encargó de romper manos, piernas, brazos y de desmontar armas a distancia hasta dejarnos solo a gente con hachas, porras, espadas y cuchillos. Era un gran alivio porque se nos había agotado toda la munición y aún seguían llegando.

No sé si os habréis dado cuenta desde que empecé a contar mi historia que de pasada, puede que haya comentado, así como el que no quiere la cosa, que detesto a los abusones. ¿No, verdad? ¡Vale! Entonces para no insistir, no os diré... ¡Que si hay algo que detesto más aún que a los matones..., es verme rodeado de muchos matones!

Mi ira se desato tras toda la tensión acumulada desde las semanas anteriores, hasta llegar a ese momento en el cruce y fue casi como quedarme sordo. Solo note un zumbido pulsante en los oídos que hizo que todos mis pensamientos quedasen ahogados y que incluso, me hizo temblar el cuerpo entero de pura furia. El miedo desapareció y solo quedo una oscura paz proveniente de mi lado más salvaje que me recorrió el cuerpo tensándome.

Lo más extraordinario es que sentí que estábamos tan compenetrados, que esto me sincronizo con mis compañeros de armas. Entonces como me había enseñado Mei a lo largo de todo el año anterior, el baile dio comienzo y todo se convirtió en cadencia, ritmo y muerte.

Me moví como un resorte sin necesidad de pensar en que hacían los demás así que seguí mi instinto —como me enseñó Mei—, al sacar las armas de la espalda y usar el movimiento ascendente para cortar dos brazos cuyas manos portaban sendos cuchillos. Proseguí moviéndome con soltura esquivando hachas y al agacharme, corte alguna pierna. Gire y corte un par de vientres y me moví muy rápido para esquivar varios envites entre la multitud, para luego juntar las dos armas y cortar una cabeza. El griterío de dolor se mezclaba con el del éxtasis de los atacantes pero yo no oía apenas nada.

El baile continuaba con su extraordinaria y horrible cadencia pero yo no sentía el más mínimo remordimiento.

Me sentía..., vindicado.

Estas personas que por sus acciones ayudaban a traer el peor de los males a este mundo, no merecían de mí, ni el más pequeño atisbo de clemencia.

Mei Ling giraba dando una potente patada en la cara de uno de los atacantes mientras que con la espada ensartaba a otro oponente en el lado opuesto. Luego con el impulso de bajar la pierna, salto en el aire hacia delante con una gracilidad sorprendente, lo que hizo que abriera en canal de la entrepierna a la garganta a alguien que tenía delante. Al aterrizar y sin haber visto como, a su lado cayeron al suelo varias cabezas de los acólitos más cercanos. Era aterradoramente letal en su arte y verla ejecutarlo, era asombroso y bello aunque suene terrible decirlo.

Jean-Luc detenía a casi cualquiera de un puñetazo seco en la cabeza que era más que suficiente para dejarlos sin sentido. Puñetazo... cae. Puñetazo... desmayo. Puñetazo... muerte. Su estilo de lucha era como su personalidad: practico. Y aunque dado su tamaño todos pensaban que era lento, este los sacaba de su engaño con puñetazos que apenas se veían mientras se movía como un púgil, saltando de un pie a otro, estando de costado. Si te enganchaba con un buen puñetazo, no te volvías a levantar y si eras lo suficientemente loco o fuerte como para ello, una patada te quitaba las ganas o te hacía perder el conocimiento. Era normal que fuesen menos los que intentasen enfrentarse a él en pelea directa por lo que al final, tenía que perseguir a los sectarios más cercanos que huían despavoridos ante mi amigo francés. Si no fuese por lo apurado de la situación, sería hasta cómico.

Mis espadas cortas estaban cubiertas de tanta sangre como yo mismo y esta horrible lucha continuaba mientras notaba como se me habría de nuevo la herida del hombro y recibía un par de cortes por despistarme, en el costado. Un hacha hendió el aire cerca de mi cabeza y mi arma se hundió en su portador, para salir y girar hacia arriba, cercenando el cuello de alguien pegado a su lado y le dejó unas curiosas marcas blancas en él.

Mei Ling recibió en ese momento una puñalada en una pierna que ni la hizo quejarse, así que siguió con sus gráciles y mortales estocadas y los cadáveres se nos amontonaban alrededor. El suelo era ya un barrizal de sangre y otras cosas desagradables.

Toda esta locura mortal comenzaba a agotarnos rápidamente y parecía no tener fin. Entonces fue cuando me pregunte qué demonios hacía el profesor para ayudarnos porque no le oía gritar o lanzar hechizos como antes.

Le mire de reojo y no estaba haciendo nada. Estaba quieto en el centro del cruce tras nosotros y solo parecía estar concentrado con los ojos cerrados, murmurando palabras sin sentido. Lo raro es que los que se nos colaban e intentaban atacarle, salían despedidos por el aire a unos cuantos metros. Algunos se golpeaban contra los árboles de alrededor con contundencia y otros acababan rompiéndose y rompiendo de paso, algunas lapidas del cementerio.

Mei Ling acababa de ser derribada por primera vez desde que la conocía porque al parecer, el tipo al que se enfrentaba, también sabía usar su arte marcial y eso la había pillado desprevenida. El golpe debió de ser contundente porque esta, parecía un poco mareada en el suelo del cruce de caminos del cementerio.

Mientras intentaba levantarse, estudio al fornido luchador que la había derribado y en cuya mirada, había una sed de sangre terrible.

Lo mejor de Mei es que es de las que cometen el error solo una vez así que aun estando en el suelo, esquivo varios golpes.

A la joven china le estaba costando levantarse por que el suelo lleno de sangre y barro, lo volvía todo mucho más complicado. Jean-Luc que se había dado cuenta de lo acontecido, lanzo a un pobre infeliz al que acababa de romperle el cuello contra el atacante de Mei Ling y una docena de hombres y mujeres, se desparramaron por el suelo con él.

Mei, respondió con un gruñido dando las gracias y mientras mi gigante amigo se volvía para ayudarla a levantarse, de la nada salió una gruesa porra que le alcanzo y le dejo un moretón en el cuello que él no pareció ni notar.

Así de fuerte era mi amigo el francés. Impresionante.

Ayudada por Jean, Mei Ling, se puso de nuevo en pie y su oponente hacía lo propio al mismo tiempo. Al parecer hay honor entre acólitos de Dioses Primigenios pues este, les ordeno a los más cercanos con un gesto seco que les dejasen espacio para pelear. La gente pareció obedecerle aunque reticentes y cuando se apartaron, del apretado grupo salió una mujer.

Una rubia más alta que yo. Más fuerte que yo y con más musculatura que yo, que blandía unas espadas parecidas a las mías aunque parecían estar confeccionadas con diferentes materiales de construcción.

A su lado, abriéndose paso a empujones, apareció un hombre al que solo se podía definir como de pesadillesco. Le sacaba dos cabezas de altura a Jean-Luc y por su forma de moverse, era más una bestia que un hombre. Tenía músculos en sitios donde debería estar prohibido tenerlos y no parecía poseer mucha inteligencia pero si un ansia considerable de matar cualquier cosa que se le pusiese por delante. Sin duda esa sonrisa mellada que le dedico a Jean, era la promesa de una muerte dolorosa.

Todos se apartaron para hacernos espacio y poder luchar. Se retiraban entre insultos, amenazas veladas y risas mal contenidas, dejándonos solos ante nuestras extrañas pero letales némesis oscuras. Esto tenía que ser obra sin duda del hechicero que estaba orquestando todo el evento, ya que era harto retorcido y parecía coincidir con su malsano sentido del humor.

Este es uno de esos momentos en los que si tienes que morir, amas estar con la gente a la que quieres y respetas: tu familia. La que daría la vida por ti en cualquier momento y lugar, está aquí a tu lado luchando codo con codo. ¿Qué más se puede pedir en la vida sabiendo lo que está por venir? Por extraño que parezca soy más feliz de lo que lo he sido en mucho tiempo. Al menos estaba en mi mano ganar o perder y no dependía de fuerzas incontrolables externas.

Pero... ¿Cómo sabes que estás preparado para algo así? ¿Cómo sabes que tienes al equipo perfecto a tu lado? La respuesta era tan extraña como reconfortante. No sé cómo podía ocurrir pero todos nosotros estábamos respirando al mismo tiempo y con la misma cadencia. En esos momentos no piensas, no hay espacio para el miedo. Somos uno solo y estamos tan preparados para ayudarnos, como para morir luchando.

Mei Ling ataco con la elegancia de siempre pero las fintas y estocadas que lanzaba, no alcanzan a su objetivo que parecía ser un espejo de sus movimientos aunque con ligeras variaciones. Más y más movimientos entre Mei Ling y su oponente, me confirmaban que se había topado con otro maestro de su arte y que parecía que esa pelea prometía ser ardua. Los dos parecían estar midiéndose para ver qué nivel de maestría tenía el otro así que se lo estaban tomando con calma.

Mi pelea era diferente y rabiosa porque yo no tengo paciencia para medir mis ataques. Mis tajos hacia la rubia eran defendidos una y otra vez, acompañados por los estallidos

de los sonidos metálicos al entrechocar nuestras armas. Nuestra forma de pelear no era elegante y estaba seguro de que ella también se había criado en las calles como yo, por lo que mi única ventaja, era mi entrenamiento en el arte de Mei Ling. Yo había practicado con ella este año cada día durante horas, hasta pulir ciertos movimientos.

Por eso vi un fallo en su defensa.

Vi un hueco en la postura con la que cogía sus armas y entre esquivando un golpe mortal a mi pecho, gire hasta ponerme de espaldas mientras que con el impulso, propine un fuerte golpe al clavar mi espada en el estómago de la rubia. Al sacarla y girar mi cuerpo mientras ella caía, la corte de un tajo con mi otra espada desde el cuello hasta casi bajo la axila del otro brazo. Tan sanguinaria ejecución, la dejo desconcertada mientras moría con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

Entre tanto, los dos colosos se miraban fijamente y median sus poderosas fuerzas que podían romper huesos a base de potencia bruta. El enemigo de Jean-Luc grito para hacerse el macho y su voz retumbo como si proviniese de una caverna. En ese momento, Jean, le propino una poderosa patada en sus partes nobles que hizo que el grito pasase de bajo barítono a soprano y cuando el enorme contrincante se dobló para protegerse, mi amigo le cogió la cabeza y se la giró hasta oír un intenso crujido. Luego el coloso se derrumbó muerto a su lado.

—¡En fin...! —suspiro Jean, mi hermano de armas. —Tanta fuerza y tan poco cerebro.

Mei Ling estaba enfadada.

Se le notaba en la cara que le molestaba ser la última en terminar aunque sabía que con su contrincante no podía despistarse lo más mínimo. A nosotros eso nos sacó una sonrisa indulgente que no hizo sino molestarla más aún. Y cuando Mei Ling se enfadaba, más te valía no estar cerca.

Los dos contendientes cruzaron sus espadas y el tipo más alto y fuerte que Mei, aprovecho para propinarle golpes en las costillas creyendo que al ser joven y de cuerpo pequeño, esta sería débil. Poco sabía este iluso que Mei dejaba a Jean usarla como saco de boxeo y que este le había roto tantas veces esa parte de su cuerpo que sus costillas eran ahora tan fuertes como el hierro. Para Mei, lo que le hizo este pobre infeliz, solo fueron caricias.

Mi amiga china estaba cansada ya de la pelea con su adversario pues entendió que sus técnicas eran mejores así que ejecuto una maniobra muy extraña solo para demostrarnos era muy superior a él.

A veces se me olvida lo joven que es.

Al cruzar las espadas de nuevo con su adversario, estos se separaron al instante por la inercia y Mei hizo algo inesperado. Lanzo su espada al suelo, apoyo su antebrazo por encima del brazo izquierdo de su atacante y con la otra mano le luxó la muñeca con una rapidez inaudita mientras la giró en un ángulo artificial. Le partió el brazo por el codo y tirando de su enemigo hacia el suelo en décimas de segundo, hizo que se atragantase con su espada que se había clavado en el barro por el lado de la empuñadura. Todo ocurrió tan rápido que no nos dio tiempo ni a quedarnos con la boca abierta.

Luego y con una frialdad que incluso a mí me sorprendió, saco la espada del suelo cortando la garganta del tipo que se moría entre estertores y giro la muñeca con fuerza, para sacudir la espada de sangre y barro.

Fue un poderoso gesto algo teatral, que demostraba lo orgullosa que se sentía de pertenecer a la escuela de su padre. Creo que al fin pensaba que era digna heredera de sus enseñanzas y de paso, aterrorizo a los enemigos más cercanos.

Puede que nuestras peleas fuesen prácticas pero las de Mei además, tenían mucho de arte. Salvo si la enfadabas, claro.

Estas tres muertes parecían no estar previstas, por lo que causaron una conmoción general entre los hombres y mujeres que taponaban tres de las cuatro salidas. Nos recogimos alrededor del Profesor pero no pudimos acercarnos demasiado porque algo invisible nos repelía a medio metro de él, casi con cariño.

Ernest siempre había estado dando la cara hacia la *Avenue Samson*, que no era más que un camino de tierra aplastada y gris. Este corto pasaje con sus bordillos de piedra y su único asiento para transeúntes que acababa en unas escaleras de piedra y que conducían a un nivel superior, estaba rodeado por las omnipresentes tumbas en cuyos tejados, se acumulaban lustros de moho verde e incluso algunas pequeñas plantas.

Allí, jaleando a más gente a que bajase por ellas, estaba el hechicero al que ya no se le veía sonriente sino más bien, seriamente asustado.

El cielo estaba mucho más negro de lo que recordaba y parecía que volvería a llover de manera inminente. Los nuevos invitados a la fiesta proseguían acercándose cuando me sorprendió la voz del viejo Profesor que hablo con voz autoritaria.

—¡Dime tu nombre brujo! ¡Quiero saber a quién me enfrento! —exclamo totalmente sereno y con la mirada fija en su enemigo.

—¿Y qué más da si vais a morir ahora mismo? —pregunto el falso cura sorprendido.

—Pues porque quiero llevármelo a la tumba conmigo. Solo el de pila para igualar las cosas. ¿Que más te da? Concédele ese deseo a este pobre viejo moribundo.

—Bien. En ese caso me llamo Anatoli y va a ser un placer verte morir, viejo. —gruño el brujo.

Entonces me fije en que el tal Anatoli, tenía una mano herida y que a pesar del vendaje, esta sangraba empapándolo todo. Era curioso y reconfortante, verle sangrar a él para variar.

—Gracias Anatoli. Me has regalado más de lo que imaginas. —dijo riendo el Profesor.

El hechicero se quedó con el pasmo reflejado en la cara preguntándose que había querido decir pero pareció descartarlo enseguida de su mente, dando la orden de atacar. Agotados, nos preparamos para la nueva reyerta cuando la tormenta se desato sobre nuestras cabezas. ¿Cómo demonios no me había dado cuenta de que el cielo estaba de nuevo más negro que la boca de un lobo? Al parecer nadie más se había percatado de la situación porque nadie salvo yo, estaba prestando atención al cielo. ¿Porque todo tiene que ser tan jodidamente raro con los hechiceros de por medio?

Al fin el Profesor pareció volver al combate y masticando unas palabras en un académico latín, se oyó un fuerte chirrido metálico. Uno de los hierros de la baranda que subía hasta el otro nivel, se desprendió de un fuerte tirón invisible de ella y salió disparado. Estoy seguro que no tuvo que gustarle nada a la pobre barandilla.

Tras atravesar el hierro el cuerpo de uno o dos acólitos del Durmiente que estaban en medio, llego lleno de sangre hasta la mano del viejo Profesor y este, clavo el hierro en la tierra empapada en sangre.

Sin soltarlo, pronuncio unas palabras apenas audibles.

—Yo te libero... —dijo.

Un grueso rayo cayó del negro cielo y alcanzo el hierro, lamió la mano del profesor donde había sangre y continuó su descenso hasta el suelo, cerrando el vínculo del hechizo. Todos se quedaron boquiabiertos y quietos por el espanto, lo cual vino de perlas para lo que sucedió inmediatamente después. Unos retorcidos espolones de

unos tres metros de alto de piedra vidriada, salieron del suelo atravesando y elevando cuerpos de acólitos. Como si de una secuencia interminable fuese, estos afilados y enormes espolones retorcidos, fueron levantándose del suelo a una velocidad de vértigo uno tras otro y fueron acuchillando la tierra, las tumbas, los cadáveres y hasta a las personas que estaban alrededor. Algunos acabaron siendo empalados vivos.

Incluso uno de esos espolones de piedra vidriada y retorcida, hizo estallar un árbol al salir del suelo en su interior, haciendo que este cayese sobre algunos de los sorprendidos seguidores del Durmiente. Estoy convencido de que ahora esos infelices creían haberse unido al culto equivocado.

A continuación mientras la gente se alejaba, las retorcidas formas petrificadas del rayo se quebraron y estallaron liberando las ramificaciones del rayo principal que habían estado atrapadas desde su salida de debajo de la tierra. Cada una de ellas llegó hasta la marca del acólito más cercano y entonces lo devoró.

No se puede explicar de otra manera.

Mientras el rayo se comía a los más cercanos, de la otra mano de cada uno de ellos, brotaron más rayos que iban buscando ávidos a la siguiente marca del Durmiente. Todos corrieron como locos para salvarse pero fue inútil porque uno tras otro, comenzaron a inflarse llenos de horribles bultos y a arder desde dentro. La rapidez con la que el rayo quemaba y se propagaba era espantosa lo cual ocasionó que casi no hubiese gritos de terror.

Al poco solo quedó un último y grueso rayo blanco azulado que se dirigió sin demora hacia el hechicero pero no le acertó a la primera porque se topó con una especie de protección invisible como la que había estado usado nuestro Profesor. El rayo fue rodeando la invisible esfera de poder que protegía a Anatoli, buscando un punto débil hasta que al poco, todo era luz cegadora y titilante.

Y aunque el escudo aguantó con solemnidad unos interminables segundos, pronto se dobló sobre sí mismo y toda la potencia acumulada del rayo levantó en el aire al hechicero.

A una altura de tres o cuatro metros, Anatoli rio con esa risa que da la locura de saber la muerte cercana y pateó de manera frenética, tratando de detener lo inevitable. El rayo lo atravesó saliendo por la cabeza y todo su cuerpo explotó, regando la tierra y las tumbas adyacentes con lo poco que la fulminación había dejado sin freír.

Entonces el rayo escapó raudo hacia arriba y se perdió en el tormentoso cielo.

El silencio volvió para adueñarse del lugar en el que normalmente gobernaba y todos nos quedamos atónitos, menos el Profesor que parecía más cansado que otra cosa.

El olor era espantoso y los cadáveres humeantes estaban mezclados los unos con otros en posturas imposibles, como en una obra cubista de ese pintor llamado Picasso. El tiempo se nos agotaba inexorablemente así que a pesar del estado de asombro y sin mediar palabra, salimos de ese círculo de muerte y nos dirigimos escaleras arriba para ir por donde había salido el difunto hechicero.

Todos habíamos adquirido un profundo y repentino respeto por el viejo Profesor y esperábamos de corazón no tener nunca que provocar su cólera. Nadie quería acabar convertido en un sapo o en cualquier otro tipo de criatura regordeta y repugnante al tacto.

Al torcer a la derecha nos dimos cuenta de que el lugar, era el que tenía la calle más corta del cementerio. Era un simple camino de tierra llamado *chemin Masséna* y que no tenía salida así que la tumba que buscábamos tenía que ser alguna de las que allí se encontraban sin más remedio. Muy al fondo había una particularmente curiosa ya que era azul y de hierro macizo con un parecido más que evidente con el puente de

*Caulaincourt*. Sólida y fuerte, aparecía totalmente cerrada a cal y canto por lo que era improbable que fuese la que buscábamos. Lo bueno es que al no ser un camino principal, era más corto que el resto pero lo malo, era que había demasiadas tumbas hasta llegar al fondo.

—El evento se acerca y aunque hay algo de tiempo, no podemos desperdiciarlo. —dijo el profesor mirando hacia las tumbas. —Tengo una solución para nuestro problema. El propio Anatoli nos ayudara...

Al oír esto todos nos miramos y pensamos lo mismo. No podíamos descartar que el anciano Profesor se nos hubiese vuelto loco pero cualquiera le decía nada dada su demostración anterior.

Este volvió hasta la entrada del camino y los tres esperamos expectantes su próximo movimiento. El inexorable tiempo de la llegada del evento estaba cada vez más cerca. Ya comenzábamos a notar la presión en el estómago y ese pavor irracional en el corazón que precedía a tan ominoso momento del año y nos preguntábamos que demonios hacia el Profesor.

Al parecer encontró pronto lo que buscaba porque se detuvo frente a un charco de sangre que era de lo poco que había quedado de Anatoli. Piso con sus caros zapatos ahora desgastados de trotar por el mundo en el rojo elemento y luego volvió a pisar pero fuera. Como los niños que juegan a dejar huellas en la tierra.

—¡Ah...! —iba a preguntar Mei curiosa.

—Ahora no... —dijo el Profesor levantando el dedo sin mirar a Mei como el que riñe a otro niño que interrumpe su diversión.

Luego cerró los ojos mientras pronunciaba el pertinente hechizo, sonrió y dio un paso atrás pero toda la sangre de la planta de sus zapatos se quedó en el suelo. Al poco esta pareció cobrar vida y comenzó a dar unos pasos titubeantes que poco a poco, ganaron en estabilidad y velocidad dejando más huellas de sangre en dirección al *chemin* (camino). Se nos acercaron y nos apartamos para dejarles paso y con asombro, vimos como las huellas seguían su camino hasta torcer a la derecha tras una tumba de considerable tamaño, bastante al fondo. Lógicamente las seguimos y el Profesor aunque nos alcanzó al poco, parecía cargar con un enorme peso a sus espaldas.

—Ya casi he conseguido liberarla pero me está costando más de lo que esperaba, James. —me dijo algo cansado. —No sé si llegara a tiempo y la necesitamos desesperadamente.

Debo decir que no le hice mucho caso pues estaba tan asombrado como el resto, siguiendo las huellas de sangre. Estas giraron a la izquierda y tras una tumba particularmente vieja, nos llevaron al condenado lugar que andábamos buscando.

Como no podía ser de otra forma, la supuestamente inexistente tumba de los Beaumont en el *Cimetière du Nord*, no podía ser una simple losa de mármol en el suelo. ¿Para qué? ¿Para dejarte algo de seguridad en ti mismo? ¡Ni hablar!

Esta se alzaba enorme y erguida hacia el cielo casi como ordenando que te postraras a sus pies. Estaba hecha de bloques de hormigón gris pero labrada con arcos y nervaduras que la hacían ciertamente excepcional. Parecía una catedral gótica relativamente pequeña.

Su frontal tenía columnas que soportaban un arco en pico y sobre él, estaba el escudo de la familia incrustado en la piedra. La forma del tejado acababa en cuña y estaba rematado por filigranas de piedra labrada pero tanto el frontal como la parte posterior, subían en pico sobre el rectángulo central y a cada poco, había pequeñas borlas de

piedra para hacerla aún más recargada. Justo en la cúspide del frontal, había una estatua de una joven que agachaba la cabeza y cuyo rostro reflejaba tristeza. Tras ella había una columna cuadrada que semejaba una almena y sus cuatro lados, tenían los mismos arcos en pico y columnas que la entrada principal. También tenía su propio tejado bordeado de iguales adornos solo que más pequeños.

En la parte posterior había otro frontal similar a la de la entrada pero sin puerta y con una preciosa cristalera redonda. Coronándolo todo había una gárgola de aspecto espantoso.

Los laterales tenían tres ventanales de cristal, cubiertos de barrotes de hierro forjado y estos, estaban bordeados de intrincados adornos que terminaban en tres arcos en pico y de ellos, partían las tejas grises del tejado.

La puerta estaba entreabierta y dado que la estancia no era excesivamente grande, solo entramos el Profesor y yo. Mire al cielo antes de entrar por si acaso no volvía a verlo y me pregunte cuando se había hecho de noche y cuando se habían encendido las farolas eléctricas de cuya presencia ni siquiera me había percatado.

Últimamente me perdía demasiadas cosas.

En el interior de la cripta y a esas horas, debería haber una ausencia total de luz pero alguien muy amablemente, había colocado unas cuantas velas encendidas cuyas luces parecían brillar coquetas. Estoy seguro de que estarían comentando con alegría entre ellas, que íbamos a morir muy pronto.

El ataúd de piedra estaba obviamente cerrado. Se ve que el pariente del conde llevaba tiempo muerto porque no había ningún tipo de olor en el lugar, salvo el de a cerrado y moho. Todos los demás parientes estaban en urnas pequeñas grises y estas llenaban las estanterías de las paredes hasta el techo.

El viejo Profesor me hizo una señal de silencio y apunto al suelo a la izquierda del ataúd. Había marcas de arrastraste antiguas así que estaba claro que el féretro, contenía algún tipo de mecanismo que abriría el acceso al infierno subterráneo de Dante o a algo mucho peor.

—¡No tenemos tiempo para estas tonterías! —susurre ¿Por qué tiene que tener cerradura una tumba? ¿Y por qué no podía ser una simple palanca?

—James. Observa tranquilo y respira. —respondió en susurros también el profesor.

—Aún nos queda tiempo para lo que tenemos que hacer y esto no va a detenernos. Revisa el ataúd entero a ver si encontramos la “palanca”. —comento sarcástico.

A regañadientes y dado que yo quería darle patadas al trasto hasta que se abriese, me puse a revisarlo todo. Por supuesto empuje inútilmente el ataúd de piedra y mire al profesor como diciéndole que había que intentarlo de todos modos y él, levanto los ojos como dándome a entender que yo era un caso perdido.

La parte superior del sepulcro era una losa suave y lisa ligeramente arqueada en el centro que no tenía nada fuera de lo común. Adoptaba la forma convencional de un féretro de piedra aunque se sentía más macizo de lo que debería. Lo que si llamaba poderosamente la atención era la parte inferior porque allí, en un lateral, había una serie de franjas con grabados y letras en un idioma extraño que se mezclaban con trozos de imágenes y que no encajaban de ninguna manera.

—¡Profesor! —susurre exaltado señalando esas franjas. —¡Reconozco esos símbolos! Es la lengua en la que está escrito el libro maldito y en mi piel o al menos trozos de ellos. Pero todo parece un enrevesado trabalenguas...

Ernest se dedicó a curiosear entre las franjas que contenían símbolos que cuadrado a

cuadrado, formaban franjas que no encajaban las unas con las otras. Puso su mano en la primera fila e intentó moverla y curiosamente, esta cedió facilidad produciendo un sonido de roce de piedra con piedra y un fondo de metal. Situó esa loseta varias posiciones a la derecha de donde estaba y se retiró para ver si encajaban ahora algunas piezas aunque también, poniéndome la mano en el pecho, hizo que me apartara con él.

Una cuchilla de unos treinta centímetros brillante por estar engrasada y llena de sangre, salió como una exhalación de entre franja y franja del puzle, para perderse en el otro lateral del féretro en un suspiro. Entonces todas las franjas se movieron reordenándose al parecer al azar y formando otro estrafalario mosaico totalmente diferente.

—¡Hum! Está claro que este puzle tiene una única combinación de movimientos en cada franja para que se abra el ataúd. Pensemos pues en la solución porque las granadas de mano están en las maletas y no tenemos tiempo de buscarlas.

—¡No vamos a llegar a tiempo Profesor! Maldito sea Cthulhu y sus estúpidos esbirros que cada año me recuerdan mi cumpleaños. —grité enojado pues ya no aguantaba más mientras recordaba que solo quería nombrarlo una vez en esta historia.

Debo admitir que hasta yo estaba sorprendido por mi exabrupto dado que era bastante infantil.

Os parecerá una tontería pero yo jamás celebraba mi cumpleaños ya que era un día funesto para mí, al haberme criado en un orfanato. Allí cuando cumplías años, te vapuleaban como regalo.

No tengo ni idea de porque explote pero me resulto casi imperativo decirlo en ese momento y me extraño sentirme obligado a hacerlo en voz alta.

—¿Que? ¿Como? No entiendo. —enmudeció el Profesor al ver todas mis ideas reflejadas en el rostro.

—¡Chist! Calle por favor... —solicite intentando pensar raudo. —No puede ser una coincidencia. Se supone que hoy es mi cumpleaños o eso me dijeron en el orfanato.

—dije pensativo. —¿La familia del conde tiene esta tumba desde que se fundó el cementerio, verdad?

—Pauline me lo confirmo mientras leí su mente pero su hermano tampoco conocía su ubicación. Tan solo sabía que al parecer, aquí es donde enterraban a las ovejas negras de la familia. Esas de las que se avergonzaban y luego borraban del árbol genealógico.

—comento sarcástico el Profesor. —¿Pero porque lo preguntas? —pregunto Ernest al verme sonreír.

Por primera vez yo iba un paso por delante del Profesor desde que lo conocía. Dejé que disfrute un segundo... ¡Vale, vale! Ya continúo.

Estaba claro que ambos bandos estábamos atados a las mismas reglas pero ese ser vil, ya nos había demostrado cuan artero podía ser el año anterior y ahora, sabía que me mintió en Arkham cuando me poseyó. Él dijo que había podido hacerlo porque había una conjunción de estrellas adecuada para tal fin. Si este mausoleo estaba aquí desde la fundación del cementerio —cosa que no dudo—, lo que dijo el Durmiente no encajaba con la existencia de esta tumba. Mi deducción era correcta. Tenía que serlo.

¡Sera mentiroso el malnacido demonio!

Entonces es cuando tuve la certeza de que este acertijo no era tal cosa sino que más bien parecía que alguien que pertenecía a la raza de los Antiguos, preparo este ataúd para mi llegada en este momento y lugar. Eso significaba que era muy posible que yo formase parte de esta historia más profundamente de lo que parecía en un principio.

Mucho más de lo que nunca imagine.

Esta revelación harto sorprendente no era casualidad y que me llegase en este momento, tampoco. Sabía que esto era igual que lo sucedido en el café de esta mañana por que me sentía exactamente igual.

Me agache ante la mirada de pánico del Profesor y moví la primera casilla de la primera fila una sola posición a la derecha y no pasó nada en absoluto.

Animado, seguí moviendo franjas.

La de la segunda fila dos casillas a la derecha. La tercera nada. La cuarta una a la derecha. La quinta nada. La sexta nada. La séptima, la octava, novena y décima, formaban el año 1924. Era tan simple a pesar de su aparatosidad que hasta a mí me sorprendió.

—Profesor, la fecha del evento no tiene nada que ver con ningún acontecimiento estelar como dijo la bestia. ¡Mintió! —dije enfadado. —Es la fecha de mi cumpleaños y estoy seguro de que la hora del evento, coincide con la de mi nacimiento. Como usted dijo, aquí hay mucho más de lo que se ve a simple vista y el misterio se ha vuelto más grande. —comente serio mirando el extraño ataúd. —Pero el ser lo eligió a usted. Sabemos que quería impedir que yo le conociese y que ordeno raptar a su maestra para que ni usted ni ella, estuviesen en Arkham durante mi evento. ¿Entonces si los eventos están relacionados conmigo porque no fui yo el primero? ¿Qué hace que yo esté en esta historia?

—No tengo ni idea. Este ataúd, lo vuelve todo más complicado de lo que creía. —dijo el Profesor. —Tu debías ser marcado en Arkham aunque ignoro el por qué.

—Pero es que nada tiene sentido —comente alicaído.

—James, estamos inmersos en un juego de poderes de los que no solo somos meros peones. Empiezo a creer es que hay márgenes dentro de las reglas del evento o que estas se adaptan si las sorprendemos con acciones imprevistas y eso es bueno si queremos ganar. Aunque no tenga ni idea de donde encaja este maldito ataúd...

De repente nos interrumpió un mecanismo de engranajes al activarse y todo el ataúd de piedra se movió lentamente hacia la izquierda, dejando paso a unas escaleras de apariencia muy antigua. Los escalones estaban esculpidos sobre la roca viva y eran bastante anchos aunque el conjunto, estaba demasiado inclinado para mi gusto. A la derecha en la pared, había toscas algunas argollas donde encajadas, unas antorchas iluminaban la bajada con una animosidad manifiesta. Nada parecía querernos allí.

Estaba tan absorto pensando, que me sobresalte cuando un sonido de múltiples engranajes me hizo mirar al ataúd que ahora estaba pegado a la pared del fondo. Las piezas se habían reordenado y ahora podía verse el dibujo y el texto con claridad.

Era un grabado en piedra de una página del Necronomicon que ya había visto con anterioridad. Mi rostro deforme y grotesco me sonreía de forma diabólica, con media mandíbula colgando y jirones de piel desgarrados en el rostro, en la representación en piedra de la página del libro que lo comenzó todo para mí.

—¡Intenta algo y te destrozo! —dije con un gruñido a la pesadillesca figura y sacando mis espadas cortas de la espalda, comencé a bajar resuelto por las escaleras.

Estaba claro que ya no era el mismo. Me había convertido en algo decididamente salvaje.

—¡Bien, Jean-Luc, Mei..., seguidnos! Ha llegado el momento de la verdad. —sentencio el viejo Profesor.

Bajamos con cautela y nos sorprendió encontrarnos una amplia estancia rectangular excavada en el suelo del cementerio. Estaba bien iluminada por varias antorchas y hasta la mitad de la pared del recinto, todo estaba lleno a rebosar de cráneos humanos perfectamente ordenados y encajados unos con otros. En una esquina al fondo también había tibias, caderas, omóplatos y costillas amontonados con dejadez. Como si solo los cráneos fuesen útiles sepa Dios para qué.

También había el inicio de un corredor al fondo que estaba totalmente cegado con escombros y de apariencia reciente aunque dejaban pasar un aire un tanto viciado. Por allí habrían entrado los servidores del Durmiente para preparar el evento ya que seguro que aquello conectaba con las famosas catacumbas parisinas.

Sin nuestra ruta de escape, estaba claro que iba a ser complicado salir de allí.

Aparte de las calaveras que seguramente comentaban burlonas, lo mucho que les divertía tener filas de primera para lo que iba a ocurrir en breve, solo había dos cosas remarcables de la estancia.

La primera es que había un hombre alto que mantenía sujeta por un brazo doblado en la espalda y un cuchillo en el cuello, a una muchacha joven. Curiosamente ella no estaba asustada sino que más bien parecía muy enfadada.

El fornido caballero que la retenía, estaba entrado en años ya que las canas blanquean sus sienes así como su perfectamente recortado bigote. Con un traje que estaba claro que era muy caro y unos zapatos negros a juego, tenía toda la pinta del perfecto caballero francés de alta alcurnia. Al fin habíamos encontrado al esquivo conde y teníamos razón. Era de los malos. ¡Bien por nosotros!

—No se atrevan a dispararme o ella morirá... —dijo en mi idioma y sin acento alguno el conde de Beaumont.

—No llevo armas de fuego, pero... ¿No le parece eso una contradicción amigo mío? Si la matase, nos haría un favor por que acabaría con el ritual y a su jefe no creo que le hiciera gracia. —dijo sonriente el Profesor con un tono afable.

—¡Eh, un momento! ¡Que yo tengo un hijo esperándome en casa a que le dé el pecho!

—dijo la muchacha también en mi idioma aunque con un acento curioso. —¡Por lo menos lo estaba antes de que estos imbéciles me raptaran! —grito la joven de unos escasos veinte años y un enfado considerable.

La chica era de complexión fuerte. Casi atlética. Tenía el tipo de cuerpo de alguien que practicaba natación a diario y aunque vestía un traje que no iba a la última moda, sí que parecía ser de muy buena calidad. Seguramente se hacía su propia ropa.

Su rostro era en parte dulce y en parte duro porque tenía unos pómulos suaves y una mandíbula fuerte. Esta estaba ahora tensa porque tenía sus preciosos dientes blancos apretados sobremanera, pero estoy seguro de que si en algún momento consiguiese verla sonreír, le saldrán unos preciosos hoyuelos en las mejillas. Sus ojos que casi echaban chispas, eran de color verde claro y tenía un largo y sedoso cabello castaño, recogido en una coleta.

Estaba muy claro que si ese tipo no tuviese un cuchillo en su cuello, ya le habría pateado las costillas por mucho tamaño que le sacase. Lo sabía porque era dueña de una de esas miradas que irradian confianza en sí misma.

Me cayó bien al instante porque me recordaba a mi cuando más joven.

—¡Cállate ya, maldita pueblerina! Deja de decir sandeces. Estamos aquí por algo que es más grande que tú, que yo o que tu berreante progenie. —exclamo el conde mientras la zarandeaba con vehemencia lo que hizo que apartara el cuchillo un instante.

La muchacha aprovecho el meneo para soltarse del brazo y revolverse. A pesar de tenerlo entumecido, se giró cogiendo fuerza y le estampo un fuerte puñetazo en la cara a su captor dando un salto para ello.

¡Sí señor, cada vez me caía mejor!

El tipejo cayó espatarrado cuan largo era farfullando palabras inconexas. Creo que por que el puñetazo le había roto un par de dientes.

¡Por Dios todopoderoso que si sobrevivo, voy a hacer que a esta joven jamás le falte de nada en la vida!

—¡Apártese señorita! Déjeme tenerlo a tiro —dijo Jean-Luc con voz cavernosa dado que tenía en alto sus *Brownings* apuntando hacia delante.

—¡Fijo que fo fenian arfmaf...! —farfullo el conde con la boca ensangrentada como ofendido.

—Oh, yo no... —dijo el Profesor que le había entendido y señalo a Jean. —...pero el sí.

Al parecer a Jean le había quedado un cargador escondido en una parte que no comentare (de nuevo), por si hay damas delante.

Por cierto, no os había explicado (antes de la interrupción), que la otra cosa fuera de lo común en la sala, era que había un rectángulo de considerable tamaño excavado en una esquina al fondo de la misma. Estaba claro que sus restos habían sido usados para taponar el túnel que conducía a las catacumbas pero lo más extraño de todo, era que se estaba oyendo en todo momento un fuerte ruido de agua. Al parecer había algún tipo de riachuelo canalizado en el fondo del rectángulo de tierra y los acólitos del Durmiente habían excavado hasta encontrarlo. También habían roto la acanaladura pero por suerte para nosotros, el agua aunque de vertiginosa potencia, no llenaba el tubo por el que viajaba. De lo contrario habría habido una inundación en el habitáculo.

El problema es que si había agua..., había evento.

¿Por qué los locos no pueden estarse quietos en los manicomios? ¿Y por qué pregunto esto yo, si me escape de uno? Ni caso. No he dicho nada.

El conde pareció darse cuenta de la gravedad de su situación y se arrastró por el suelo hasta llegar a una de las calaveras y metió los dedos en ella para activar algo. Al poco en el techo, se oyó la tumba cerrarse sobre nuestras cabezas y el tipo se rio a carcajadas.

—¡Ya os tengo! ¡Ya sois míos! —gritaba el conde aunque no tal y como sonaba en realidad. —El amo vendrá y os comerá vivos. ¡Ja, ja, ja! ¡Si...! El amo vendrá...

—gritaba una y otra vez el avieso conde mientras se levantaba como podía, sangrando profusamente por la boca.

No sé por qué pero todos los locos adoradores del Primigenio suenan igual sean de la parte del planeta que sean y aunque tengan los dientes rotos. Desde luego estábamos tan sorprendidos todos por esta inesperada reacción, que no nos dimos cuenta de que no quería atacarnos si no que en realidad quería huir del lugar. Saltó raudo al agujero donde corría el agua a toda velocidad y se oyó un claro golpe de como se le partía la espalda cuando se lo trago la fuerza del torrente.

Aun se oyó alguna que otra risa ahogada mientras se alejaba cañería abajo, dándose multitud de golpes contra las paredes tubulares. Seguramente lo encontrarían muerto en el *Sena* mañana por la mañana y a nosotros lo único que nos había dejado como regalo, eran unos goterones de sangre, un cuchillo barato y un par de dientes.

¡Qué mal educados pueden ser los de alta alcurnia!

—Desde luego ese tipo estaba muy mal de la cabeza —dijo la joven todavía afectada por el susto quitándose el polvo de la falda.

—¿Cómo se llama si no es indiscreción señorita...? —pregunto el Profesor tendiéndole una mano preocupado porque ya era casi la hora.

—Sophie-Marie Jeanne de Saint Pierre señor. —respondió ella con un orgullo muy poco disimulado. —Sastre, camarera, madre, ama de casa y con un marido al que pateo el culo de tanto en tanto, si no está en lo que tiene que estar.

—Mademoiselle de Saint Pierre, le aconsejo que se ponga detrás nuestro porque está en el sitio más peligroso del mundo para usted ahora mismo... —replique yo sonriendo y cediéndole el paso.

—¡Madame, si no le importa! Soy una mujer casada. —exclamo Sophie más asustada de lo que quería aparentar mientras se ponía tras Mei Ling.

—No quisiera ser indiscreto pero se supone que las mujeres que acaban en un sitio como este, suelen ser vírgenes y usted es madre. ¿No es así? —pregunte directo pues había prisa.

—No es asunto suyo caballero pero ya que los americanos son tan cotillas, le diré que estoy recién casada y que el hijo es de mi marido aunque pienso criarlo yo. —explico con férrea convicción.

—O sea que entonces no... —dije yo intentando tener tacto, sin éxito.

—O sea que le voy a dar un puñetazo sino deja de ser impertinente... —replico ella totalmente ruborizada.

—¡Bien, preparaos! Tenemos que defender lo mejor que podamos a Mme. Sophie, dadas las circunstancias. —dijo el Profesor. —Si alguno cae que otro se interponga entre el Durmiente y ella. La ventana de tiempo del evento es más corta de lo parece aunque el ser, distorsione la realidad para que parezca lo contrario. Si la retenemos lo suficiente vivirá y si vive, es probable que las recuperemos a todas. Aquí viene. Os deseo lo mejor...

Nada más decir esto el profesor, ocurrió otra de esas cosas que me enfadan sobremanera. De la tubería surgió una explosión de agua que empezó a caer... ¡Hacia el techo!

Más y más agua salía despedida hacia arriba, hasta que pronto todo el rectángulo cavado en el suelo proyectaba agua hacia la parte superior del lugar y que ya tenía varios centímetros acumulados. Al poco, el agua se solidificó como todos temíamos.

El gran rectángulo parecía ahora más un pilar de cristal que agua propiamente dicha y notamos de nuevo esa burbuja pulsante que te aplastaba los sentidos y que se tragaba todo alrededor. Esta pesadilla untuosa de la que costaba deshacerse, funcionaba como si parte de tu cerebro se te hubiese dormido y se negase a despertar o como si estuvieses sumergido bajo mucha profundidad en el agua. Su intención era volverte lento y torpe aunque pudieses respirar con normalidad.

El canto de las sirenas personificado. Frustrante, opresivo y sin las defensas adecuadas, mortal.

El Profesor murmuró palabras de hechicería y una fresca brisa pareció rodearnos a todos devolviéndonos a la realidad por lo que de la columna de agua surgió un brutal gruñido proveniente de algo, a lo que no le gustaba que nada trastocase sus planes lo más mínimo. Incluso dormido era una fuerza tan poderosa que amedrentaba al más pintado, con tan solo pronunciar una palabra y no es de esas criaturas que piden las cosas por favor. Es de las que cuando habla, te conviertes en su esclavo o en algo mucho peor. En su comida.

—¡HUMANOS! ¿QUE HACÉIS AQUI? ¿ACASO CREÉIS QUE PODÉIS RESISTIROS A MI? ¿QUE TENÉIS UN ÁPICE DE LA FUERZA NECESARIA PARA PODER SIQUIERA SOÑAR CON DAÑARME? LO QUE ESTA ESCRITO EN LAS ESTRELLAS, SERA. LO QUE HA DE OCURRIR, OCURRIRÁ. ¡OS TRAGARE A TODOS Y ME VENGARE HASTA EL FIN DE LOS TIEMPOS POR LA AFRENTA QUE ME ENCERRÓ EN EL LUGAR EN EL QUE ME HALLO!... —dijo Cthulhu a través del velo.

¿Os extraña que madame Sophie este en el suelo retorciéndose de dolor? El resto, a duras penas nos manteníamos en pie.

Solo es la voz de un sueño y sin embargo es tan tremendamente poderosa que puede matarte con ella o en el mejor de los casos, volverte loco si la usa con la presión y duración adecuada. Otro envite como este y no saldríamos vivos por nosotros mismos, si no hubiésemos entrenado. Menos mal que el Profesor nos había preparado invocando criaturas espantosas del otro lado del velo para curtirnos como parte del entrenamiento. Intentaba dejarnos insensibles en mayor medida a lo que iba ocurrir hoy pero el ser era demasiado poderoso.

En cuanto a Mme. Sophie, no estaba acostumbrada y le sangraban los oídos y los ojos medio aturdida por la atronadora voz del Primigenio. Si se puso en pie fue solo por pura cabezonería pero tras unos instantes, se quedó lívida y sus ojos cambiaron.

Esto era algo nuevo porque a las otras chicas, nunca les brillaron los ojos encendidos con una luz verde un tanto desagradable mientras despedían un humo gris muy extraño por el rabillo del ojo. Se puso en movimiento muy lentamente arrastrando los pies y de repente, se paró y gritó...

—¡Sal de mi cabeza maldito bastardo! —exclamo la francesa con fuerza y sacudiéndose.

Sus ojos volvieron entonces a la normalidad y se dio cuenta de que más lágrimas de sangre corrían por sus mejillas.

—Mme. Sophie, es usted sorprendente. —dijo con admiración el Profesor atento a la columna. —Ninguna de las que han pasado por esto antes había conseguido salir de ese trance por sí misma.

—En mi familia abunda la cabezonería... —comento como si tal cosa la joven francesa.

—¿Pero qué demonios es...?

Mme. Sophie no pudo acabar la frase por que el Pilar se volvió como un cielo negro estrellado y profundo, donde había tres chicas flotando a lo lejos y una gigantesca forma nebulosa que ondulaba encima de ellas. Algo se revolvió en la sombra y salió disparado, llegando hasta la superficie. En cuestión de segundos, salió fuera de la columna una espantosa garra llena de estrellas y galaxias que atrapo a Mme. Sophie, cerrándose en torno a ella.

—JA, JA, JA. ES MÍA. SEA COMO SEA ES MÍA... —grito lleno de júbilo el Dios Primigenio.

Más sangre en los oídos y flojera en mis piernas.

—¡No te la llevaras! —grito Jean-Luc que se levantó del de un salto y se quedó enganchado a la espantosa garra estrellada que encerrada a su compatriota.

Jean disparo una vez y al ver rebotar la bala y dar en el techo, la soltó temiendo lastimarnos a nosotros. De todas formas y a pesar de saber que nada podía hacer,

comenzó a dar golpes con el puño dando todo lo que tenía. Entonces la garra inesperadamente, le absorbió junto Mme. Sophie. Esta fue expulsada de su cautiverio y cayó al suelo de la estancia sin muchos miramientos.

El puño cerrado en el que estaba Jean, se alejó un poco y dio un golpe tan tremendo en la pared que oímos lapidas caerse sobre nuestras cabezas e hizo que temblara todo el lugar. La fuerza fue tal, que aplastó las calaveras de esa pared, convirtiéndolas en polvo al instante.

Ahí fue cuando vi como en el interior de la garra llena de estrellas, Jean-Luc escupía sangre por la boca y esto ya fue el colmo para mí.

Dado que la garra estaba casi pegada al techo, con mis armas en las manos, salte para llegar a ella y di dos tajos limpios en su dorso para cortar todo lo que abarcase. No sabía que le pudiera hacer algo pero en ocasiones al parecer, la suerte es una amante generosa. Se oyó un inhumano grito de sorpresa y vi que había conseguido rayar la superficie del dorso de la garra, en la iba dejando unas leves pero inconfundibles marcas blancas de mis armas.

Antes de caer, la grotesca garra llena de estrellas me dio un violento golpe con su dorso, que me estrello contra la pared contraria y al caer sin gracia alguna de culo, vi aún más luces y estrellas que antes pero eran de puro dolor y nada tenía que ver con las de la endemoniada columna.

Inesperadamente la garra soltó a Jean como un acto reflejo y no se llevó a ninguna de sus dos víctimas cuando se sumergió en ella.

Sonreí de asombro por haber conseguido siquiera hacerle cosquillas a la sombra del Primigenio aunque sabía que no podía detenerle. Aquella estupidez me había costado un montón de huesos rotos y algún que otro órgano inservible ya que no podía moverme por el dolor que sentía. Me costaba respirar.

No sé cómo pero no perdí la consciencia y vi entre brumas de dolor que Jean-Luc, se había quedado tirado en el suelo, desmadejado como un muñeco.

El Profesor se acercó a Jean muy serio y le tomo el pulso en el cuello y pareció respirar más tranquilo. Como pesaba demasiado para él, lo dejo donde estaba pero lo puso de lado para que respirase mejor y a mí me miro. No se acercó al verme consciente. Luego fue a recoger a Mme. Sophie del gran charco de agua en el suelo y que para mi sorpresa estaba ilesa. Se la llevo a la otra esquina para ponerla tras Mei Ling y él, se interpuso entre ellas y la sólida columna llena de un universo de estrellas y galaxias.

Mi mirada se desvió sin poder evitarlo hacia la columna. Ahora solo tenía ojos para Rosalie que flotaba al fondo lejos de mí y que hacía que la impotencia, me dejase con los ojos arrasados de lágrimas. No podía dejar de mirarla y tampoco podía moverme para ir a rescatarla. Tan sumido en mi dolor estaba, que casi no vi venir algo monstruoso y que jamás olvidare mientras viva.

—¿HUMANO POR QUE OSAS RESISTIRTE, CUANDO NO TIENES EL PODER NECESARIO PARA ELLO? —dijo una reconocible voz de ultratumba que salía esta vez por la boca de Mei Ling.

Mientras estaba diciendo estas palabras la espada sagrada para Mei, había estado atravesando lentamente la espalda del profesor y salía ahora por su pecho a la altura del corazón. La mirada de sorpresa de Ernest jamás se me olvidara mientras viva.

Mei Ling con los ojos encendidos en un verde casi blanquecino y que emitían el humo gris de una poseída, tenía una antinatural sonrisa estirada hasta casi sus orejas que

me lleno de espanto y repulsión.

—¡No, no, no! ¡Oh, Dios! ¡Por favor, no! —suplique. ¡No! —grite mientras se mezclaban mis lágrimas ardientes con la sangre de los cortes de las mejillas.

Mi cuerpo roto no respondía a mis intentos de moverme y me dolía todo tanto que no pude hacer nada en absoluto para detenerlo. No se cómo podía pensar entre tanto dolor pero la única frase que daba vueltas en mi mente, era que quien debía morir allí era yo. El Profesor era el alma del grupo. Era mi amigo. Era mi familia.

Él era el imprescindible y no yo.

En un ciclo infinito de dolor físico y emocional, repetía esa letanía entre sollozos. Lo hacía para no volverme loco por la ira y la impotencia que me producía estar paralizado, en aquellos interminables segundos.

—¡Él no, por favor! ¡Él no! ¡No, Dios, él no! —repetía inconexamente y por tercera vez en mi vida, sentí que se me rompía el alma.

Mme. Sophie debía estar ida por el horror de lo que acontecía porque se pegó a la pared de las escaleras y no parecía poder articular palabra alguna. La poseída Mei Ling, se arrimó lentamente al viejo Profesor para mirarle a los ojos mientras seguía sonriendo más y más. Su sonrisa demencial, siguió estirándose hasta casi llegar al raballo de sus ojos. Quería ver al viejo morir y llevarse sus últimos instantes con él.

—TE LO DIJE HUMANO... TU LUGAR NUNCA FUE ESTE. NO PODÍAS GANAR.  
—dijo Mei sin mover los labios mientras que la voz del Durmiente le salía por su boca con rotunda potencia.

—¿Crees malnacido que me has vencido? Mi maestra está en camino. La he liberado de su prisión en el plano Akáshico en el que la encerraste y ella terminara el trabajo.  
—dijo el Profesor entre esputos que llenaban de sangre sus labios. —¿Además crees que no he averiguado que el próximo evento será en Rusia? ¿Y qué tiene que ver algo con el hechicero Rasputín? ¡Ser de la podredumbre, tú no podrás ganar jamás! —grito con convicción y valentía Ernest.

Y esas fueron las últimas palabras del Profesor que me miro y me sonrió a modo de despedida. Entonces la poseída comenzó a brillar con tal fuerza, que todo el fulgor lleno su cabeza haciéndola traslucida. El enfermizo color verde le bajo por el brazo y acabó envolviendo a la espada y de paso, acabo entrando en el cuerpo casi moribundo del profesor. Este comenzó a gritar de puro dolor y agonía concentrada.

Al abrir los ojos tenía la misma luz que había en los ojos Mei Ling pero le salía también por la boca con igual intensidad. Ardió desde lo más profundo de su ser y no quedaron ni los huesos. No quedo ni polvo. Se quemó en lo que pareció una eternidad para mí aunque solo fuesen escasos segundos.

Es curioso como el tiempo se relativiza cuando a un ser lleno de maldad, le conviene para hacerte sufrir.

Adiós, mi viejo amigo. Adiós.

—¡Llévame a mi animal! —grite casi sin fuerzas y entre lágrimas. —¡Déjalas a todas y llévame a mí en su lugar!

—EN SU MOMENTO..., HUMANO. CUANDO ESTE LLEGUE, MORIRAS PARA CUMPLIR LA PROMESA QUE LE HICE A MI LIBERADOR. TODOS FORMAREIS PARTE DE MI CUANDO OS... ¡AAAAAAAAARRRG! —grito Mei Ling llevándose las manos a la cabeza, soltando la espada que cayó clavándose en el suelo.

Os voy a decir algo sobre los milagros...  
No creo en ellos.

Creo en ellos tanto como en la buena suerte y sin embargo he de admitir que aquel día, sucedió uno. Yo al menos no puedo describirlo de otra manera.  
Tarde, pero sucedió uno.

Casi toda la pared que había en mi espalda estallo sin sonido alguno hacia dentro y cuando los escombros estaban a punto de tocar a Mme. Sophie, estos volvieron hacia atrás, saliendo despedidos hacia afuera con una fuerza inaudita. Un torrente de aire fresco se apoderó del lugar mientras que las piedras, fuesen a donde fuesen (ya que no podía girarme estando roto y apoyado en el único trozo de muro que quedaba en pie), no hicieron el más mínimo ruido al chocar con nada.

El evento se acababa y el ser se quedaba sin tiempo así que la garra surgió monstruosa y temible de nuevo con gran rapidez. Agarro a Mme. Sophie y esta tenía el disgusto reflejado en el rostro, de alguien que ya estaba harta de que terroríficas garras la engullesen.

—¡No! —dijo una poderosa voz de mujer que ralentizó el evento con el poder de su voz.

Esta se oyó justo a mi lado y al girarme lo poco que podía sin desmayarme por el dolor, vi algo... que no podía ser real. En un principio pensé que mi mente me jugaba una mala pasada pero sentía su presencia tanto como el dolor de mi torso, brazos y piernas.

Vi a una mujer alta (más o menos de mí estatura) y de una belleza indescriptible. Era tan extraordinaria y tan arrebatadoramente bella que se la podía calificar como de poco humana. Estoy seguro de que no era humana aunque su forma fuese esa. Su mera presencia era abrumadora e irradiaba poder por todas partes. Mucho más de lo que había sentido en Ernest o en nadie, salvo el Primigenio.

Ese ser no podía existir pero que ahí estaba de pie y altiva. Perfecta. Temible.

Como de todas formas poco podía hacer al respecto, decidí quedarme extasiado contemplándola durante aquellos instantes en los que el evento parecía detener el tiempo. Y os juro por lo más sagrado que si por mí fuera, podría quedarme así hasta morir de inanición o de mis heridas. Lo que primero llegase.

Poseía un rostro simétricamente perfecto de pómulos suaves y con unos labios ni gruesos ni delgados que podían despertar incluso a un moribundo como yo. Estaba seguro de que no habría en su cuerpo, el más mínimo atisbo de imperfección como no lo había en su rostro. No es que pudiera confirmarlo pero algo me decía que estaba en lo cierto.

Sus ojos eran dorados y tan brillantes que casi eran totalmente blancos y sé, que lo que voy a decir suena a locura pero por increíble que parezca..., escapaban llamaradas de fuego de ellos de tanto en tanto.

Os puedo asegurar por la vida perdida de mi amigo el Profesor, que llevaba el pelo envuelto en llamas de un rojo encarnado y que estas, también se extendían lamiendo la

parte alta de su espalda. Lentamente y casi con cariño, bajaban por sus brazos y manos, donde sostenía dos espadas que estaban envueltas en llamas. Estaban al rojo vivo.

En ellas lo más llamativo, aparte de no derretirse por el infernal calor desprendido, es que en sus hojas resaltaban multitud de signos negros en un idioma que no conocía aunque sus formas me resultaban familiares.

Entonces el tiempo volvió a correr de nuevo como si estuviese a su servicio. Entro como una exhalación y con un movimiento brutalmente rápido de sus espadas y casi sin sonido, las uso para cortar la garra que había salido de nuevo en pos de Mme. Sophie de un tajo limpio, provocando un grito que ya no me importo que me hiciera sangrar más de lo que ya lo hacía. Estaba claro que el Durmiente tampoco estaba pasando su mejor día y ese pensamiento me hizo sonreír involuntariamente, entre océanos de tristeza.

Ella, fuese lo que fuese, vestía unos pantalones de piel de algún animal de color negro mate, tan ceñidos, que resultaban indecentes porque era casi como ir desnuda. También llevaba unas lujuriosas botas negras hasta la rodilla que de igual forma, eran de piel pero brillantes. Estas botas tenían un tacón en forma de aguja tan alto que daba mareo verlo pero también podía ser por mi estado. Cualquiera sabe.

El conjunto de su ropa lo terminaban una chaqueta de piel vuelta negra que le llegaba hasta las caderas; un grueso cinturón de cuero con una hebilla labrada de plata y que se ceñía a su cintura de maravilla; las dos vainas negras de sus espadas que colgaban del cinturón; una chaquetilla interior con diversos elementos bordados en rojo sangre y que abotonada, se le ajustaba al vientre perfectamente plano y, una camisa de un blanco inmaculado que sobresalía del cuello.

Como el resto de su ropa, no se quemaba con el fuego que emitía aquel ser de belleza inconmensurable.

¡Y os juro que ardía con la fuerza de las mismísimas llamas del infierno!

Era como si ellas fuesen sus más íntimas amigas y la besasen con cariño mientras andaba imperiosamente hacia el interior del recinto.

Con un gesto de su cara, el cuerpo de Jean respondió poniéndose boca arriba y con una mirada sorprendida, pareció reconocerlo. Hizo otro gesto y el cuerpo de mi amigo el francés, se movió hasta donde estaba el de Mei Ling desmayada.

Se interpuso entre Mme. Sophie y la pétrea columna, levanto las espadas de nuevo presta para atacar pero un instante después y tras oírse un grito ahogado de frustración, se acabó el tiempo del evento.

Toda el agua del techo y de la columna cayó con estruendo al dominar de nuevo las fuerzas de la realidad y aunque Madame Sophie, todavía estaba flotando envuelta en un trozo rectangular de noche estrellada en el aire, no se empapó con el agua que caía, al igual que Mei, Jean-Luc, esa mujer o yo. Cosas de hechicería, supongo.

La imponente beldad se giró y las espadas estaban ya en sus vainas, sin que hubiera visto como las guardaba. Levanto una mano, lanzo un hechizo hacia el rectángulo estrellado en el que se hallaba Mme. Sophie y este fue encerrado en un sarcófago translucido. No pronuncio apenas palabras y lo hizo con tanta facilidad, como yo respiraba antes de chocar contra la pared del recinto.

Mientras pensaba en esto, la realidad se desdibujó ante mis ojos en un instante y se

solidifico de nuevo, en el asiento de atrás del coche en el que vinimos y que ahora se hallaba en la entrada del cementerio.

A mi lado, Mei Ling estaba desmayada y Jean-Luc también. Yo me hallaba en mitad de los dos y Jean me estaba aplastando los huesos rotos, dado que por su tamaño, dejaba muy poco espacio en el vehículo.

Ni rastro de Madame Sophie.

La irreal mujer que ya no ardía y que tenía unos peculiares y perfectos ojos negros sin pupilas —rodeados de un asombroso y puro blanco—, estaba mirándome fijamente desde el asiento de al lado del conductor.

El tipo tenía suerte. Seguía en trance.

Lo más extraño aparte de su inhumana belleza o que fuese capaz de arder en llamas, era esa abrumadora sensación de poder que emitía y que lo inundaba todo. Debo admitir que me turbaba mirarla hasta lo más profundo de mi alma cuando me di cuenta, de que no parecía parpadear en ningún momento.

Qué queréis que os diga... Yo me fijo en esas cosas.

La policía pasaba a nuestro lado en tropel en dirección a la puerta del cementerio. La gente, curiosa, bajaba corriendo las escaleras provenientes del puente de *Caulaincourt*. Cada vez más gentío se agolpaba intentando ver algo, mientras los guardias de la garita y la policía allí dispuesta, se lo impedían como buenamente podían.

Entonces es cuando la epatante belleza habló y sonó como debía sonar...

Como el terciopelo negro. Suave al tacto.

—Duerme —dijo.

Entonces la luz huyo despavorida como si temiese esa orden suya y me sumí en la más profunda oscuridad.

## Epílogo

Desperté en un hospital cercano a todo lo ocurrido aquí en París, donde estuve unos meses aunque solo uno ingresado. Durante todo ese tiempo tuve a Mei Ling a mi izquierda y a Jean-Luc a la derecha, en camas adyacentes en la misma habitación del hospital.

La belleza del fuego en el pelo no apareció en ningún momento y yo sorprendentemente, me recupere el primero.

Los médicos estaban asombrados y no era para menos. Cuando llegue, tenía huesos rotos por todas partes y otras heridas aún más profundas. Constataron estupefactos que me recuperaba a ojos vista cada día.

Pensé en un principio que al habérmelos roto tantas veces, mi cuerpo se había acostumbrado a ello, pero en el fondo, yo sabía que detrás de aquello estaba la epatante belleza morena que nos salvó a todos.

Los médicos del hospital de cualquier especialidad, venían de visita casi constantemente. Se suponía que las visitas eran oficiales y estaban programadas pero lo raro, es que solo venían a verme a mí y lo hacían tres veces más que al resto de los pacientes de esa ala. No os podéis imaginar cuanto me divertía mientras esperaba a que Mei y Jean, volviesen a la consciencia.

Estaban todos locos por hacerme montones de pruebas pero curiosamente al ver mi rostro iracundo, salían disparados como si de repente se hubieran dado cuenta, de que tenían cosas mejores que hacer en otro lugar.

En serio, era divertidísimo.

Mei Ling volvió en sí un mes después y yo ya no ocupaba ninguna cama sino que estaba allí como visitante. Me aloje en una pensión cercana y venia cada día, esperando verla sonreír de nuevo pero nada más hablar con ella me di cuenta de que estaba destrozada emocionalmente.

Y no era para menos.

Estuvo literalmente una semana llorando sin parar a diario y se la tuvo que obligar a comer ya que solo quería hacer eso. Llorar y morir.

Yo ya me había roto tres veces emocionalmente y mis heridas del alma, me habían insensibilizado de tal forma que solo podía estar concentrado en un único objetivo: Destruir al Durmiente. Por mi parte, llorar a los muertos tendría que esperar hasta haber acabado con mi tarea.

En cuanto a Mei, ningún doctor habría podido entender que había tenido el espíritu de un ser monstruoso en su interior y que le había obligado a matar a alguien a quien quería muchísimo. Lo peor a parte de esa sensación repugnante de que alguien usase tu cuerpo sin tu permiso, era la frustración de no haber podido evitarlo. Como tampoco había podido salvar a su compatriota y no podía volver con la cabeza alta, junto a su padre.

Le dije que sabía cómo se sentía pero aun así, no pude o no supe consolarla. En cierta medida creo que el verme a diario, la perjudicaba en aquel momento así que la cambiaron de habitación a una más tranquila para ella sola. Bajo constante supervisión, claro.

Tampoco es que me preocupase en exceso su salud mental puesto que ella era más lista que yo y sabía que no intentaría suicidarse. Me dolía verla así pero no podía sacarla de ese estado. Nadie podía. Tenía que perdonarse a sí misma y eso le llevaría un tiempo.

El que más tardo en volver en sí, fue Jean-Luc y cuando lo hizo, no tenía recuerdos de

nada de lo allí acontecido y no nos reconocía, ni a Mei Ling ni a mí.

Aunque este hecho me puso profundamente triste, casi era preferible para el gigante francés que volviese con su familia y que no recordase nada de lo allí ocurrido. Era una bendición y Mei estuvo de acuerdo conmigo.

Me lo dijo una vez cuando comenzó a mejorar aunque muy lentamente antes de mi última visita.

En cuanto a mí, no podía aguantar la inactividad así que me había estado preparando para un viaje, nada más estar totalmente recuperado y tras darle una paliza a un par de tipos que ese último día intentaron retenerme en el hospital, me fui de París lo más rápido que pude.

Esos médicos debían estar muy desesperados como para contratar a un par de tipos para raptarme. Supongo que alguno habría cedido a la insana curiosidad de ver si cortándome en trocitos muy pequeños, encontraría respuestas al milagro.

Pobre. Habiendo hechicería de por medio, nada iba a hallar.

Como ni Mei, ni Jean eran ya un peligro para nadie, y sanaban a la velocidad adecuada, estaba seguro de que no intentarían nada contra ellos.

No avise de mi partida porque Jean iba a volver a casa y Mei, no estaba en condiciones de nada y además, no paraba de pensar en que no podía volver a poner a nadie más en peligro.

Tras darle muchas vueltas a la cabeza y a pesar de lo doloroso que era recordar al viejo Profesor, indague en mi memoria sobre nuestras charlas y recordé una conclusión a la que ambos habíamos llegado.

Para poder ganar esta guerra íbamos a necesitar un arma. Una lo suficientemente poderosa, como para equilibrar la balanza.

Investigó profundamente esa posibilidad, mientras esperaba a que pudiera retirar los fondos necesarios para mi largo viaje aunque eso sí, con lo que tenía, deje pagados los cuidados médicos de mis amigos. Hacían falta varias verificaciones para poder acceder a mis cuentas de los bancos de Arkham, así que mientras, busque información en numerosas bibliotecas.

Tan solo tenía unas vagas referencias que el Profesor me había dado sobre el lugar que visito cuando fue en busca de su maestra. Me costó sacarle la poca información que conseguí ya que parecía esquivar el tema con bastante soltura aunque no sé, si lo hizo inconscientemente o a propósito. Siempre me pareció raro aquel comportamiento cuando se hablaba de aquel tema.

Tras devanarme los sesos, recordé que había algunos pequeños detalles que se le habían escapado pero eran tan escasos... Además debo admitir que mi búsqueda en las bibliotecas, resultó infructuosa a la par que frustrante.

De lo que estaba totalmente seguro, es que había un lugar en la tierra muy especial. Un lugar que nadie sabía cómo había sido creado y que se mantenía intacto desde tiempos inmemoriales pero que era muy difícil acceso. Aun así, si por suerte o por ingenio llegabas a él, debían escogerte para entrar allí.

Era posible según lo que deduje de lo que le sonsaque al Profesor, que aquel sitio se mantuviese con algún tipo de magia o artefacto lo suficientemente poderoso, que consiguiese que aquel lugar no fuese tocado por el tiempo. Era desde luego, algo

único.

Y donde había algo único, podía haber información sobre armas únicas.

Sea como fuere, me fui en pos de dicho lugar y busque durante meses y meses. Cuando llego el momento, sentí que el nuevo evento comenzaba a estar cerca de nuevo y con una punzada de tristeza en el pecho, me negué a mirar atrás. Lo hecho, hecho estaba.

Yo a estas alturas me hallaba en una parte perdida del Tíbet, intentando encontrar algo que o bien era una falacia o quizás fuese real. Solo esperaba que de serlo, pudiese terminar de una vez por todas con esta locura.

Tras mucho buscar en antiguas bibliotecas y visitar lugares erróneos durante todo ese año...

Tras sonsacar amablemente unas veces la información que me hacía falta y por medio de la fuerza otras...

Tras haber escalado escarpados riscos, ataviado con pieles de animales, protegido de las ventiscas más frías que jamás había sufrido en toda mi vida..., encontré la cueva mística a la que me habían llevado mis pesquisas.

Sin pensármelo dos veces, me adentre en ella en silencio y muerto de miedo.

Al fin estaba frente ante las puertas de Shambala, como era conocida por los lugareños. Shangri-La para los extranjeros.

El lugar de la eterna juventud.

**Fin de la segunda parte**